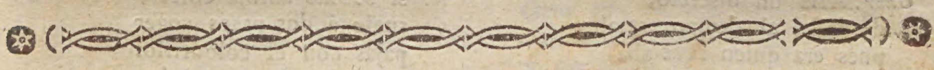
COMEDIA FAMOSA.

EL PASTELERO DE MADRIGAL.

DE UN INGENIO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Gabriel de Espinosa, Galan.
Don Fadrique, Galan.
Don Rodrigo, Alcalde.
Don Sancho, Barba.
Miguel Alonso.
Moscon, Graciosa.
Doña Leonor, Dama.
Clara, Dama.
Catuja, Graciosa.
Ines, Criada.
Una Niña.
Rodelos, Criado.
Dos Caballeros Portugueses.
Maravete, Criado.
Tres Hombres.
Dos Ministros.
Música.



JORNADA PRIMERA.

Dentro ruido de aclamacion, y salen tres Hombres como Labradores, tirando las monteras, y Gabriel con casaquilla corta y montera, Don Fadrique y Moscon.

Uno. VIva nuestro Pastelero,
que es honor de Madrigal.
2. Viva el mejor Oficial,
que batió masa y carnero.
3. El valeroso. 1. El cortés.
2. El galante. 3. El sin segundo.
Todos. El que en el pastel del mundo
pella de los guapos es:
vitor, vitor.
Gabr. Caballeros,
basta ya de aclamacion;
pues yo qué he hecho en conclusion,
para que con lisongeros
aplausos me siga así
vuestra atencion cortesana?
Todos. Vitor al que á todos gana.
Mosc. Y vitor yo, voto á mí,
que tambien triunfo con él.
1. Quién es él, que aun no le han visto?
Mosc. Quién ha de ser, voto á Christo?
la mosca de ese pastel.
Fadr. Gabriel, vuestra bizarría,
gala, entereza y valor
me inclinan á vuestro amor:
sabed, que desde este dia,
aficionado al ayroso
proceder vuestro, he de ser
vuestro amigo.
Gabr. Eso es querer,
que ufanamente dichoso
con tal prenda, mi humildad
ó se envanezca ó se asombre,
y despreciando el ser hombre,
me introduzca á ser deidad.
No merece un Pastelero
pobre, señor, aunque honrado,
de trato, amistad ni lado
de tan grande Caballero.
Si vuestra piedad me honró,
es porque en mí no repara,
pero á una antorcha tan clara
de

debo conocerme yo.
Fadr. Este hombre me maravilla: *ap.*
con grande afecto te sigo;
Gabriel, bueno es para amigo
Don Fadrique de Castilla.
Vuestra atencion singular,
vuestro noble proceder,
logra con razon tener
admirado este Lugar;
viendo en el noble talento,
que os hace en todo felice,
quanto en vuestro sér desdice
el trato y el nacimiento:
mucho imagino de vos.
Gabr. Mucho de mí imaginais?
Fadr. Si, Gabriel.
Gabr. Mas que pensais,
juzgo que le debo á Dios.
Fadr. Yo tambien.
Gabr. Allá un discreto,
de infiel al tiempo trataba,
pues era quien revelaba
el mas oculto secreto.
No hay misterio alguno aquí,
pobre Pastelero soy,
mañana seré lo que hoy;
pero qué sé yo de mí?
hable el tiempo.
Fadr. Hable y no tarde;
y en tanto seamos los dos
muy unos.
Gabr. Señor, á Dios.
Fadr. Espinosa, Dios te guarde.
Vase y los tres Hombres.
Mosc. Gracias á Dios que se fueron.
Gabr. Bien sin razon se cansaron.
Mosc. Qué es sin razon? no gritaron
ni aun la mitad que debieron.
Gabr. Pues yo qué hice en conclusion
para tanta vocería,
mas, que viendo que se hacia
á un bruto una sinrazon,
montar de un brinco en la silla,
sin tocarle, desde el suelo?
darle luego un redopelo,
y viendo que aun no se humilla
su indocil ferocidad,
correrle con mano ayrada,
y volverle á la estacada
con pompa y con magestad,
con tal brio y tal recelo,
que qualquiera imaginaba,
que la mano se abrasaba,
segun se la hurtaba al suelo.
Volverle luego á correr,
caerseme una pistola,
y con una mano sola,
corriendo á mas no poder,
alcanzarla diestramente,
y apénas hubo parado,
el estrivo echando á un lado,
con un brinco solamente,
sin poner mano ni pie,
volverme á poner en tierra:
esto qué misterio encierra?
Mosc. El que yo en mi vida haré;
pues en un mal borriquillo,
si se me antoja correr,
suelo á dos pasos coger
pajas con el colodrillo:
pero si primor no alcanza
ese montar tan bizarro
en el alazán, fué barro
lo que hiciste con la lanza?
Gabr. En mi brazo es natural
el brio que maravillas.
Mosc. Blandiéndola hacerla astillas,
solo el Rey de Portugal
en estos tiempos lo hacia.
Gabr. Y por qué no lo haré yo?
Dios, que su mano formó,
no fué quien formó la mia?
Dexa eso, y dime qué ha habido
de Inesilla? *Mosc.* Que tomó
los doblones, y ofreció,
que en habiendo anochecido
abierto el Jardin tendrá.
Gabr. Segun eso, acudir puedo
seguro? *Mosc.* Dime, qué enredo
pudo introducirte allá,
de modo que no ha extrañado
Leonor, siendo tan señora,
el saber que la enamora
un Pastelero? *Gabr.* Hela dado
á entender, que un Caballero
oculto en Madrigal soy,

que en el oficio en que estoy
encubrir mi Patria quiero,
mi nacimiento y mi sér,
y que si me llega á amar,
pudiéndome declarar,
he de hacerla mi muger.
Mosc. Ella qué dice? *Gabr.* Leonor
es Dama muy principal,
y es fuerza tratar neutral
qualquier plática de amor.
Mosc. Ven acá, qué harás con Clara,
que sin su hija ha quedado
en Medina?
Gabr. Un gran cuidado
tengo, no sé donde pára;
pues desde que la dexé
(por ser un tanto curiosa,
circunstancia embarazosa
para lo que yo me sé)
en Medina, ó se ha escondido,
ó á otro Lugar ha marchado.
Mosc. Y eso no te causa enfado?
Gabr. El mas grave que he tenido;
que un hombre de estimacion,
ya gozada una belleza,
puede olvidar la fineza,
pero no la obligacion;
y mas con la dulce prenda,
que conmigo mi amor tiene:
buscarla, Moscon, conviene.
Mosc. El demonio que te entienda;
si la quisiste enojar,
para qué á buscarla has de ir?
Y si luego has de reñir,
no la pretendas hallar.
Gabr. Todas son implicaciones,
y las que en mí viendo estás
son las que me importan mas.
Mosc. Extrañas son tus acciones;
para enredar ni Luzbel
te llega. *Gabr.* Adelante pasa,
pues que ya estamos en casa.
Dentro. 1. Echeme usted mi pastel.
Dentro 2. Dos de á medio.
Dentro 3. Uno de á real.
Dentro Cat. Oye, Rey, venga un ochavo.
1. Usted me ha trocado el pabo,
que no es esta la señal.
Cat. Qué es lo que dice el muy pieza?
1. Que esta la señal no fué.

Sale Catuja Graciosa, con rebocillo y una pala de Pastelería.

Cat. Espera, picaro, y te
señalaré la cabeza.
Gabr. Catuja, pues dónde vas
de esa suerte?
Mosc. Catujilla,
pues con quién es la rencilla?
Cat. Estoy hecha un Barrabás:
fuése ya el guillote? *Gabr.* Espera.
Mosc. Jamas tan osca te he visto.
Cat. El demonio, voto á Christo,
me ha metido á Pastelera.
Yo con grandes y con chicos
mil pendencias á porfia,
despues de estar todo el dia
tostándome los hocicos:
Que llegue uno con, doncella,
echeme un pastel de á doce;
y otro, ya usted me conoce
de á medio con caldo y pella.
Otro con su voz en grito,
aseme esta lonja, tia,
y no como el otro dia,
que llevé crudo el cabrito:
Y quando mas á cuidar
de todos ellos me allano,
dice uno, cómo á un Christiano
le da toro á medio asar?
Otro, hechicera es la amiga,
pues hechizos nos los da;
y otro, relinchando está
el de á medio en la barriga.
Echar quiero en hora mala
oficio que así alborota,
y porque no hubiera nota,
diera al demonio la pala.
Gabr. Catuja, esos gages son
fatigas del exercicio.
Mosc. Reyna mia, no hay oficio,
que no tenga su pension;
y pues usté es cosa mia,
y en este oficio la he puesto,
paciencia.
Cat. Ya envidé el resto
de la poca que tenia.

Mosc. La culpa me tuve yo
de ponerla á usté en chapines.
Cat. Faltábanme á mí escarpines
quando usted me sonsacó?
Mosc. Chito. *Cat.* No quiero.

Sale Miguel Alonso.

Mig. Gabriel?
Gabr. Miguel? *Mig.* Toda la mañana
te ando á buscar.
Gabr. Idos fuera.
Mosc. Misterios hay en campaña.
Mig. Si alguien viniere, decid
que no está Gabriel en casa. *Vanse.*
Mosc. A cuidar de sus cazuelas.
Cat. Yo sé que si alzo la pala::-
Mosc. Entra, chula.
Cat. Ven, bufete. *Vanse.*

Salen Gabriel y Miguel Alonso.

Mig. Afuera los tres aguardan.
Gabr. Ola, dadme de vestir,
que entren por la puerta falsa.
Mig. Voy por ellos. *Vase.*

Salen Maravete y Rodelos con Veneras de Santiago y Christo, y dos fuentes de plata, y en ellas los vestidos de Gabriel y una cadena de oro, y en ella la Encomienda de Avis y capa.

Gabr. Ambiciosa
credulidad temeraria,
que me haces aun á mí propio
dudar de mí, ya te hallas
en la palestra, pues hoy
se da principio á esta trama;
en este caso (el espejo)
lo mas dificil (la capa)
es que puedan (el sombrero)
arte, mentira y audacia
fingirme otro sér, borrando
el que ántes tuve: las armas.
Marav. Rodelos.
Rodel. Qué hay, Maravete?
Marav. Alegre como una Pasqua
está nuestro amo.
Rodel. Silencio
hasta ver en lo que pára,
pues de su felicidad
tanta parte nos alcanza.

Salen Miguel Alonso, Don Sancho y dos Portugueses.

Mig. Entrad.
Sancho. Válganme los Cielos!
Port. 1. El es.
Sancho. Aunque le negaran
cuerpo, rostro, edad y señas,
el regocijo del alma
lo expresara, que á latidos
el corazon se me arranca.
Gabr. Ola, qué es eso? *Sancho.* Esto es,
ó invictísimo Monarca,
llegar al dulce sagrado
de vuestras heroicas plantas
tres dichosos Peregrinos,
pues despues de tantas ansias,
como os lloraron difunto
en las Playas Africanas,
viva la deidad hallamos,
á cuyas propicias aras
dediquemos en tres vidas
tres ofrendas voluntarias.
Gabr. Alzad.
Port. 1. Posible es, Rey mio,
que consigue vista humana
ver al Rey Don Sebastian,
á quien Portugal consagra
mas laureles á su muerte,
que erigió á su vida estátuas?
no es posible. *Port.* 2. Y ya que sea
para que la Lusitania
sacuda el acerbo yugo
con que Castilla le ultraja;
con qué corazon, Rey mio,
oculto á la amable Patria,
habeis vivido hasta aquí?
Pensais acaso, que os faltan
vidas que por vos fallezcan,
ni brazos que en la demanda
de cobrar vuestra Corona
esgriman por vos las armas?
estais, señor, engañado.
Sancho. Vos en tan dura desgracia!
Port. 2. Vos en tan humilde empleo!
Port. 1. Vos en tan contínua falta!
Sancho. De marmol es quien no llora.
Port. 1. De acero es quien no desmaya.
Gabr. Leales Vasallos mios,

bas-

basta el sentimiento, basta,
que, quando os he menester
para una empresa tan alta,
acudir á la terneza
es desdorar la arrogancia.
Y pues deseais saber,
en el asombro que os pasma,
como de Africa escapando,
conseguí arribar á España,
atended, y de las señas
que os daré, aun quando dudara
vuestra lealtad de mi sér
consiguiera confirmarla.
A restaurar á Mahomet
la Corona hereditaria
de Fez, que Muley Maluco
Bárbaro tiranizaba,
á Africa pasé; esta fué
la voz que allá me llevaba;
pero el principal intento,
que me induxo á accion tan árdua,
fué plantar la Religion
Católica con mis armas
en el vasto continente
de sus Provincias: hazaña,
á quien solo lo zelosa
disculpa lo temeraria.
Brumé con quince mil hombres
al Mar la salobre espalda,
y con cinquenta Galeras,
Ciudad con remos y xarcias,
dexando mi Reyno (á que
en mi ausencia gobernara)
á mi tio Don Enrique,
que la Púrpura Romana
vistiendo en edad crecida,
bordó el Murice de plata:
á Africa llegué, á pesar
de quantos me aconsejaban;
y aun de Filipo Segundo
mi tio, que con instancias
me disuadió en Guadalupe
de una accion tan arriesgada,
donde sin que el ardor mio
de experiencias ni de instancias
se dexase gobernar,
al trance de una batallá
me arresté imprudentemente;
perdila, que aunque le agrada
la osadía á la fortuna,
la temeridad la cansa,
que no es saber persuadirla
solicitar violentarla.
Murió el Duque de Alencastre
peleando en la campaña,
y el bravo Conde de Fuentes,
que llevaba la vanguardia;
el de Arredondo, Linares,
Villa-Real y Juan de Aldana,
el tremendo Castellano,
á quien fié que ordenara
las hazes, murió matando;
mas qué mucho, si la Parca
aprendió á amontonar muertos
al filo de sus espadas?
Yo, que atravesado el pecho
de dos heridas, lidiaba,
del Prior de Ocrato al lado
y el General de mi armada
Diego de Mesa, advirtiendo
mis Tropas desbaratadas,
mis Fidalgos prisioneros,
muertos los mas de mis Guardas,
á tiempo que ya la noche
á tanto cadaver daba,
tendiendo su negro manto,
lóbrega fatal mortaja;
á media rienda, de un monte
vecino á la misma playa,
en que estaban mis Galeras,
me amparé, con dicha tanta,
que á la luz de dos antorchas,
bien que encubierta la cara,
huvo quien tomar me vió
la Galera Capitana.
Hiceme al mar, tan corrido
de ver, que á vista de quantas
persuasiones me induxeron
á dexar esta jornada,
triste volvia y vencido,
que intenté olvidar la Patria,
por no ver en Portugal,
en lugar de fiesta y salva,
recibirme con gemidos,
por los que muertos dexaba
en Africa la indomable

sin-

sinrazon de mi jactancia.
Arribamos á Lisboa,
á donde haciendo echar fama
de que era muerto, seguro
de que siempre que llegara
tenia en vuestra lealtad
la Corona asegurada,
me partí, fingiendo ser
persona comun y baxa,
á peregrinar el mundo,
en penitencia de que haya
sido el motor de que llore
Portugal desdichas tantas.
Prófugo el mundo corria,
quando supe (estando en Francia)
que muerto Enrique mi tio,
por mi Cetro litigaban
Antonio de Portugal
mi hermano y el Rey de España,
y que pidiendo testigos
para hacer proceso el Papa,
presentó sesenta mil
el Castellano en la raya;
á tal poder, quién no habia
de contestar la demanda?
Huyó el bastardo del Reyno,
y el Castellano (qué rabia!)
de Portugal se ciñó
la Corona Soberana;
yo, que ántes por eleccion
de los hombres me ocultaba,
hube de hacerlo por fuerza,
y mas viendo que se ampara
mi hermano en Francia y le admiten,
que era donde yo me hallaba.
Partí por el Piamonte,
y como si recitara
mi tragedia la fortuna,
me iba mudando en la farsa:
Cirujano me hice en Roma,
Sastre me fingí en Italia,
Evanista en Cataluña;
y en cada lugar mudaba
oficio, porque por uno
contínuo no me buscaran.
Apurado ya de todos,
á ver á Doña Ana de Austria
Religiosa, prima mia,
que en este Lugar estaba,
vine á Madrigal, en donde
(engañándola mi maña)
ya descubierto con ella,
buscamos de vivir traza;
y viendo que Pastelero
es el Oficio que falta
en el Lugar, le tomé
por aparente fantasma
de mi embozo, y aquí hallé
feliz puerto á mis desgracias:
pues á Miguel de los Santos
(persona que disfrazada
por el decoro mas digno,
debo exponer en las tablas,
porque sin trocarle esencias,
mudándole circunstancias,
sepa el discreto que ha sido
prevencion y no ignorancia)
descubierto el corazon,
debo finezas tan raras,
que basta á un Rey comprehenderlas,
miéntras no puede pagarlas.
Aquí asistido, Vasallos,
de Miguel y Doña Ana,
nada para ser feliz,
sino mi Reyno, me falta.
Pero pues ya en Portugal
á bastantes desengañan
con la vista de mis firmas
la persuasion de mis cartas,
pues sois los primeros que,
despues de suertes tan varias,
habeis besado mi mano:
para cobrar con las armas
mis Dominios, solo resta,
que con cautela y audacia
deis á Portugal la vuelta.
Y pues tan violentos se hallan
con el Castellano yugo,
informeis de que no es tanta
la desgracia de los mios;
que no tengan esperanza
de cobrar su libertad,
pues que para restaurarla
su Rey Don Sebastian vive,
á quien no asombran ni espantan
desgracias, muertes, destierros,
pri-

prisiones, mares, mudanzas,
dificultades, traiciones,
violencias, cautelas, trazas;
pues como mis Portugueses
desnuden por mí la espada,
y tremolando las Quinas,
hieran al ayre las Caxas,
todo el esfuerzo me sobra,
todo el Orbe no me basta.
Sancho. Lo que vuestra Magestad,
supremo dueño, nos manda,
no solo executaremos,
mas aun partida la instancia,
á Portugal pasarán
el señor Basco de Gama,
y el señor Juan Mascareñas
y yo, que dexé la Patria
por vivir en Madrigal,
fuera de tales borrascas,
con una hija que tengo,
que ofrecer á vuestras plantas,
procuraré disponer,
para que vengan y vayan
Correos, que faciliten
nuestra intencion.
Gabr. Vuestras canas
el exîto me aseguran
de lo que á los tres se encarga.
Cielos, de Leonor el padre *ap.*
tambien entra en esta danza:
mucho tengo grangeado
para poder ablandarla.
Port. 1. Pues, señor, á disponerlo.
Gabr. Esperad, que ántes que os vayais,
quiero que veais una prenda
que he adquirido, aunque bastarda,
en mi peregrinacion.
Mig. Permitís, señor, que salga
la Princesa mi señora?
Gabr. Sin que criado y criada
lo advierta.
Mig. Por ella voy. *Vase.*
Port. 1. Aun otra dicha faltaba?
Port. 2. Princesa hay en Portugal?
Gabr. Y de madre bien hidalga.
Sancho. Felice quien tantas dichas
vió en un instante mezcladas.
Salen Miguel y la Niña.
Niña. Dónde me llevais?
Mig. Mi vida,
Gabriel vuestro padre os llama.
Gabr. Hija? *Niña.* Señor?
Gabr. Ven conmigo.
Sancho. No negará la Real casta.
Port. 1. El rostro es todo del Rey.
Port. 2. Qué magestad la acompaña!
Niña. Padre riña usté á esa moza,
que ahora la pedí agua,
y no me la quiso dar
en la salvilla de plata,
con que no quise beber.
Gabr. Hiciste bien.
Los 3. Hay tal gracia!
Sancho. Notad qué rasgos descubre
la Real sangre que la esmalta.
Gabr. Dad á ese señor la mano.
Niña. Para qué? *Sancho.* Para besarla.
Niña. Pues que me dé señoría,
que si no, no quiero darla.
Sancho. Por eso no quede, Usia
me permita, hermosa Dama,
besar su mano. *Niña.* Tomad:
ay cómo pican las barbas!
Mig. Hase visto donosura
mas perfecta?
Los 3. Es cosa rara.
Gabr. Ea, vayase á pasear.
Niña. No puedo salir de casa.
Gabr. Por qué?
Niña. No tengo criados,
silla, ni coches de Damas:
venga usted, señor Miguel,
me sentará en las almohadas.
Mig. Vamos, hija.
Niña. Poco á poco,
mas de espacio; eso me agrada,
que andar muy de prisa, es cosa
de mugeres ordinarias. *Vanse.*
Gabr. Qué os parece la Princesa?
Port. 2. Señor, prenda soberana.
Gabr. Ea, id con Dios, que á los dos
yo premiaré la jornada:
vos correis por cuenta mia.
Sancho. Beso vuestras Reales plantas.
Port. 1. Ya he visto al Rey Sebastian,
ya la muerte no me espanta.

Port. 2. El Rey Don Sebastian vivo,
nuestras son Europa y Asia.
Sancho. Cielos, mucho alcanza á ver,
quien escucha, mira y calla. *Vanse.*
Sale Miguel Alonso.
Mig. Fueronse ya?
Gabr. Ya se fueron.
Mig. Bien esta primer maraña
urdida queda, habeis hecho
el papel tú y la muchacha
de pasmo.
Gabr. Los Portugueses
van hechos de mermerada,
creyendo que soy su Rey
Sebastian á quien aguardan,
aunque de aquesta tramoya
mil sustos me sobresaltan.
Mig. Quando yo te impuse en esto,
bien dirigida y tratada
tenia mi idea; ya sabes
las ciencias que me acompañan,
las exquisitas noticias,
que en la materia que tratas
te comunico; y en fin,
quan en el todo se engañan
los que te ven: quien no tiene
espíritu, el que desmaya
tan al principio, Gabriel,
no imagine en cosas altas;
pero una vez puesto en ellas,
morir ó perficionarlas.
Gabr. Dices bien, amigo, no
te formalices, ya basta.
Mig. En el locutorio espera::-
Gabr. Quién?
Mig. La señora Doña Ana:
venga vuestra Magestad.
Gabl. Qué? conmigo pataratas?
Mig. Rey serás de Portugal:
ay infeliz, que te engañas! *ap.*
pues para que reyne Antonio,
dispongo toda esta traza.
Gabr. Al Convento iré despues,
supuesto que Ines me aguarda,
y en el quarto de Leonor
me dará esta noche entrada:
con otro enredo y disfraz
entraré á galantearla,
pues sin urdir nuevo embuste
mi espíritu no descansa. *Vanse.*
Salen Leonor, Clara y Ines.
Leon. Ines, vete allá fuera:
Clara, quédate tú.
Ines. Por quánto hubiera
de ser Clara llamada y escogida,
y Ines la despedida?
Leon. Qué decias, Ines?
Clara. Fortuna avára! *(Vase.*
Ines. Que ahí queda mi señora Doña Clara.
Clara. Por qué, señora, ofrece
tu favor (á quien no te le merece)
con tu agrado, la pena
de ser el blanco de la envidia agena?
Leon. Clara, desde el instante
que dexaste á Medina, y de un amante,
como ya me dixiste,
seguir la huella en Madrigal quisiste;
bien que con él no piensas declararte,
porque injusto no vuelva á desayrarte,
me agradó de tal suerte
tu modestia, que en todo quise hacerte
(estando ya conmigo por criada)
de todas las demas privilegiada;
y para que lo veas,
y lo que espero en tu cariño creas,
todo mi corazon he de fiarte.
Clara. Bien puedes descansar y declararte:
así pudiera yo, pues hice empeño *ap.*
de callar de mi mal el infiel dueño,
decir, Gabriel ingrato,
la falsedad de tu alevoso trato,
que me hace andar tras tí tan mal pagada.
Leon. Oye y verás, que no te encubro nada.
De Portugal, Patria mia,
Don Sancho de Basconcelos
mi padre, á Madrigal vino
la guerra intestina huyendo,
con que en civiles discordias
se devoraban sus Pueblos.
Desde el punto que llegamos
un bizarro Caballero,
cuyo nombre es Don Fadrique
de Castilla, mereciendo
verme, no sé en qué ocasion,
aspiró á mi galanteo;
tratándole tan neutral,

ó mi despegado genio
ó la fuerza del destino,
que me guardaba otro objeto,
que jamas ni una esperanza
consiguió su rendimiento.
En este estado se hallaba
su cariño y mi desprecio,
quando vino á Madrigal
embozado y encubierto
cierto Caballero (ay Clara!)
(perdóneme mi respeto)
tan galan, tan generoso,
tan bizarro, tan atento,
tan discreto, tan rendido,
que no halló lugar mi ceño
(servida de sus halagos)
para desasirse de ellos.
Su nombre es Don Juan de Silva,
y por un raro suceso,
con el mas extraño oficio
(de rubor no le refiero)
su noble prosapia encubre,
llamándose en todo el Pueblo
por otro nombre::- mas tente,
qué ruido es aquel?

Sale Don Fadrique.

Fadr. Habiendo,
hermosísima Leonor,
visto, desde donde suelo
ser girasol de tus rexas,
salir á tu padre, á tiempo
que por descuido esta puerta,
tan cerrada á mis deseos,
hallo abierta á mis suspiros,
á solo quexarme vengo
de que tan poco reparo
te deban mis sentimientos;
y pues es fuerza morir,
consiga, ya que me muero,
que sepas que eres la causa
de mi muerte.

Leon. Harto lo siento;
mas bien pudiera no daros
lugar á moriros de eso,
repetido un desengaño;
y ya que lo esteis, no quiero
me cueste un susto el espanto
de haber de hablar con un muerto.
Idos, señor Don Fadrique,
que es sobrado atrevimiento
entraros así en mi casa,
quando no os dá mi respeto
ocasion; y pues sabeis
quanta fama en este Pueblo
de zeloso Portugués
mi padre tiene, volveos
ántes::- mas qué es eso, Clara?

Clara. Mi señor viene subiendo
la escalera.

Leon. Ay de mí triste!
forzoso será esconderos,
que haberos visto á la esquina,
y veros ahora aquí dentro,
puede ser::- *Fadr.* Nada me digas,
que obediente::-

Leon. Presto. *Clara.* Presto.

Fadr. Me esconderé por mirar
tu decoro y no mi riesgo.

Escóndese, y sale Don Sancho.

Sancho. Hija? *Leon.* Señor?

Sancho. Con dos grandes
gustos á tu vista vuelvo.

Leon. Y quál es, señor?

Sancho. El uno
es, Leonor::-

Al paño Fadriq. Escuchar puedo
desde aquí. *Sancho.* Que Portugal
muy presto, si quiere el Cielo,
verá conseguido un bien,
que ha que llora muchos tiempos.

Leon. Y el otro? *Sancho.* Trae unas luces,
pues ves que va anocheciendo,
Clara. *Clara.* Voy, señor. *Vase.*

Sale Clara con luz.

Sancho. El otro
es, recibir este pliego,
el último del tratado,
Leonor, de tu casamiento,
que queda ya concluido:
yo lo he tenido secreto,
viendo que tu voluntad
no se opondrá á mi deseo.
Don Rodrigo Santillana
es, hija mia, el sugeto,
Alcalde de Casa y Corte,
noble Castellano viejo;

que aunque esto de Castellanos
tan mal, hija, lo llevemos
los Portugueses, es fuerza
acomodarse á los tiempos:
toma esa luz, que pues es
Sábado, por el Correo
quiero responder. *Leon.* Ay Clara!
que se va al mismo aposento
en que Don Fadrique está:
Señor, ved que es duro empeño
sin que yo::-
Sancho. Qué decís? *Fadr.* Penas,
Leonor se casa y yo muero!
Leon. Digo, que el casarme::-
Sancho. Sea
como yo tengo dispuesto:
bien está. *Leon.* Señor::-
Sancho. Alumbra.
Clara. De esta forma lo remidio;
Dexa caer la luz.
ay, que se cayó la luz!
Sancho. No importa, pues allá dentro
hay recado de escribir;
ven y traeme otra. *Vase.*
Leon. Qué haremos
ahora, Clara, con Fadrique,
para que salga sin verlo?
Clara. Entrar las dos, no sospeche
algo este maldito viejo;
y dando despues la vuelta
á la calle le echaremos,
pues queda la puerta abierta
de este quarto. *Vase.*
Leon. Eso resuelvo:
Don Fadrique.
Fadr. Quién me llama?
Leon. Esperad aquí, que luego
vendrá Clara á daros forma
de que salgais.
Fadr. Ya os entiendo;
pero si os casais, Leonor?
Leon. Ahora salimos con eso?
no me puedo detener. *Vase.*
Fadr. Ha ingrata, mátame á zelos,
que quien vivió confiado,
bien puede morir de necio:
ciego estoy, salir quisiera
de este abismo.

Sale Ines con Gabriel y Moscon.
Ines. Pisad quedo,
ya que por la escalerilla
del jardin subido habemos
á esta quadra, aquí os quedad,
miéntras aviso::-
Mosc. Ay, qué miedo!
Ines. A mi ama.
Gabr. Aquí te aguardo.
Ines. Doblones, que me habeis hecho
alcahueta, estamos bien? *Vase.*
Fadr. Pasos á esta parte siento,
sin duda que es la criada
que viene, como ha dispuesto
Leonor, á sacarme: ha Clara,
Clara.
Mosc. Qué Clara ó qué infierno?
turbio digo yo que soy,
aunque estoy que me clareo.
Fadr. Clara?
Gabr. De hombre es esta voz:
qué Clara buscará, Cielos?
Fadr. No respondes?
Mosc. Quiero en tiple
engañar á este camueso,
duende nocturno. *Fadr.* Eres tú?
Mosc. Yo soy.
Fadr. Vamos de aquí presto,
que aunque mi amor, Clara mia,
me ha puesto en aqueste extremo,
por no haber visto mi muerte,
despreciara mi remedio;
no es esta la puerta? *Mosc.* Si;
á bulto va. *Fadr.* Yo me ausento,
hasta que, Leonor casada,
vuelva á morir, si es que vuelvo. *Vase.*
Mosc. Anda con cien mil demonios.
Gabr. Aquestos son los misterios
de Leonor y los recatos?
hombre oculto, aun no lo creo,
en su quarto? Oyes, Moscon,
no nombraba dos á un tiempo?
no dixo Leonor y Clara?
Mosc. Mas clarito que un gilguero.
Gabr. Ha ingrata! ha falsa! ha cruel!
luz viene, aquí nos entremos.
Mosc. Palos quieren tus costillas.
Retíranse, y sale Leonor con luz.
Leon.

Leon. Clara se queda sirviendo
á mi padre; y pues de otra
ni me fio ni me atrevo,
despedir quiero á Fadrique:
Señor Don Fadrique.
Mosc. Bueno.
Leon. Bien podeis salir, pues ya
no habrá quien alcance á veros;
mas Cielos, qué es lo que miro?
Sale Gabriel. Qué miras, ingrato dueño?
miras tu fe quebrantada,
ultrajado tu respeto,
desengañado mi amor,
y declarados mis zelos?
eso miras?
Leon. Don Juan mio,
por dónde entraste aquí dentro?
Gabr. Por el ayre, que mi amor
me traxo á ver mis desprecios,
y á saber como te casas.
Leon. Quién te lo ha dicho tan presto?
Gabr. Mi desgracia.
Leon. Aunque mi padre
me dé muerte, te prometo
que mi amor::-
Gabr. Tu amor es falso.
Leon. Dueño mio::-
Gabr. Hay otro dueño.
Leon. Siempre firme::-
Gabr. Eres traidora.
Leon. Vivirá. *Gabr.* Callad.

Sale Don Sancho.

Sancho. Qué es esto?
Leon. Ay de mí infeliz!
Gabr. Don Sancho;
cubre el rostro.
Mosc. Volaverunt. *Cúbrense.*
Sancho. Hombres de embozo en mi casa?
tú, Leonor, haciendo extremos,
dando voces? *Leon.* Ay de mí!
á dar un paso no acierto.
Sancho. Vive Dios, que yo he de ver
de esta suerte::- *Cierra.*
Mosc. Estamos buenos.
Sancho. Lo que esto es; pero qué miro!
que calle decís? no quiero;
que se retire mi hija?
ay mas extraños misterios!
Vete, que á solas veré
quien son estos Caballeros
mudos, que por señas hablan.
Leon. Ahora le mata, creyendo
(pues no sabe que es Don Juan)
que es Gabriel el Pastelero,
quien tiene tal osadía.
Desde este cancel oyendo
me he de quedar.
Sancho. Ea, señores,
los Portugueses alientos,
á dos ni á dos mil no temen;
si el que solos nos quedemos
es para hacernos pedazos,
sacad la espada.
Gabr. Teneos,
pues os podré reportar
aprisa. *Sancho.* Con qué?
Gabr. Con esto. *Descúbrese.*
Sancho. Señor, pues vos en mi casa?
quándo mereció este exceso
mi humildad? A vuestros pies
teneis postrado mi acero;
pues yo, quando, si::-
Mosc. Ola, ola,
que nos ha temido el viejo,
dexamele dar de coces.
Gabr. Alzad, Don Sancho, del suelo.
Leon. Qué es esto, Cielos, que miro!
quando creí que resuelto
le diese mi padre muerte,
turbado, confuso y ciego
dobla á un hombre la rodilla
inferior? aquí hay misterio,
ó es este Don Juan de Silva
gran señor, ó no lo entiendo.
Gabr. Buscaros quise en persona,
que es fuerza, que luego, luego
salga posta á Portugal,
que lleve al Duque de Aveyro
un despacho de importancia:
yo entré aquí, y vuestra hija, viendo
un embozado, empezó
á alterarse por extremo.
Sancho. Está, señor, bien criada,
no es mucho, hizósele nuevo.
Gabr. Yo la mandé que callase,
quando vos á este intermedio

llegasteis.
Sancho. Todo lo ví,
que me perdoneis os ruego.
Gabr. Perdonado estais, Don Sancho,
y por el susto os confiero
la Gobernacion de mi
Provincia del Alentejo
en llegando á Portugal.
Sancho. La mano, señor, os beso.
Gabr. No, no hagais demostracion,
Don Sancho, disimulemos.
Sancho. Saldré con vos?
Gabr. No, que es dar
sospecha, en casa os espero.
Sancho. Leonor? *Sale Leonor.*
Leon. Señor?
Sancho. Manda á Clara,
que alumbre á estos Caballeros. *Vase.*
Leon. Clara. *Sale Clara.*
Clara. Señora.
Leon. Ese, á quien
vas á alumbrar, es el mesmo
Don Juan de Silva, de quien
te conté mi galanteo:
él encontró á Don Fadrique
aquí, y va muerto de zelos,
yo lo quedo de pesar;
pues baxas con él, te ruego
que le digas, que le adoro
y satisfacerle espero. *Vase.*
Clara. Está bien.
Gabr. Ay mayor lance!
Clara. Venid, mas qué es lo que veo!
Gabr. Pasad, mas qué es lo que miro!
Clara. Es ilusion del deseo?
Gabr. Es fantasma de la idea?
Mosc. Clara es, por San Nicodemus.
Gabr. Clara, pues tú aquí?
Clara. Ha traidor!
yo aquí, que ha querido el Cielo,
que venga á desengañarme
de tus viles fingimientos.
Gabr. En igual habrás venido
por cuenta de aquel sugeto,
que te buscaba escondido
ahora en este aposento.
Clara. No quieras, ingrato amante,
dorar con ese pretexto
la traicion, de que con nombre
fingido y dañado intento
estás amando á Leonor,
y á mí me olvidas, sabiendo
la obligacisn que me debes.
Gabr. Yo, Clara, te la confieso;
pero quizás algun dia,
viéndote en otro astillero,
verás que hoy, á pesar mio,
para ensalzarte te dexo.
Clara. No juzgues con fantasías,
de la preñez de tu genio,
segunda vez engañarme:
ya conozco los enredos
de tus mudables ideas.
Gabr. Y yo tu villano pecho,
teniendo un hombre en tu quarto.
Clara. Mi quarto? estás en tu acuerdo?
No ves que es el de Leonor?
bien pudierais conocerlo,
mi señor Don Juan de Silva.
Gabr. Ahora bien, quexas dexemos,
y vente conmigo, pues
casa en que servirte tengo,
asistirás á tu hija.
Clara. Mas quiero vivir sirviendo
(falso, aleve) á un dueño fiel,
que de un fementido dueño
ser servida.
Gabr. Quién te truxo
á Madrigal? *Clara.* Mi despecho,
mi desdicha, mi dolor. *Llora.*
Gabr. No llores.
Mosc. Moco tenemos?
Gabr. Y hasta que veas que en dichas
se truecan los sentimientos,
dame los brazos. *Abrazala.*
Sale Leonor.
Leon. Don Juan?
pero qué miro! qué es esto?
vos abrazais mis criadas?
Clara. Como tercera me has hecho
de tu amor, de tal manera
le desvanecí sus zelos,
y tan gustoso ha quedado,
que me dió un abrazo en premio.
Gabr. Y aun otro he de repetir,
la vez que salir merezco

de

de tan tormentosas dudas.
Leon. Que os desengañeis me huelgo,
porque no viéndome mas,
no volvais mas á exponeros,
imprudente y atrevido,
á faltar á mi respeto:
ven, Clara. *Gabr.* Obedeceré.
Clara. No dirás, que por lo ménos
no he hecho muy bien el papel.
Leon. Y con sobrados afectos:
Otra vez, Clara, de nadie,
y mas de hombre que yo quiero,
te me dexes abrazar. *Vase.*
Clara. Yo juzgué que no era yerro. *Vase.*
Mosc. Quáles quedan.
Gabr. Ves, Moscon,
una rabiando de zelos,
otra de desconfianzas,
el padre mal satisfecho?
pues todo ha de componerse;
yo los traeré al retortero.
Mosc. Creolo de tus embustes,
y que has de lograr con ellos
hacer eterna la fama
de Gabriel el Pastelero.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Miguel y Gabriel.

Gabr. Mejor en el campo estamos,
que aquí no nos oye nadie;
á qué te quedaste á solas
en el Convento? *Mig.* Al instante
que te saliste, Doña Ana
ordenó que me llamasen,
y Doña Francisca Nieto
me dió despues de su parte
este vaso de unicornio,
este Relox de diamantes
del Rey Felipe Segundo,
guarnecido de corales,
este retrato, este libro
de oro, y esta piedra grande
bezar, para que te diese.
Gabr. Y para qué lo tomaste?
Mig. Como no es cosa excesiva,
no me pareció excusases
recibirlo. *Gabr.* Hiciste mal;
pues dándome, como sabes,
Doña Ana en otra ocasion
joyas, que á lo ménos valen
mas de doce mil ducados,
porque nunca se pensase
que soy hombre ruin, y pueden
los intereses cegarme,
no las tomé. *Mig.* Ya lo sé;
y sé, que eso fué bastante
á confirmar á Doña Ana
en el primero dictamen,
de que hombre, á quien la riqueza
ni le mueve ni le atrae,
no puede ser sino noble.
Gabr. Que tan del todo se engañe
esta señora! *Mig.* Qué mucho,
si quando la visitaste,
esforzaste la ficcion
con palabras y ademanes,
primero rusticamente,
á fin de disimularte,
y luego con magestad
tan natural y tan grave,
que no digo yo muger,
cuyo sexô es blando y fácil,
sino el hombre mas astuto
no dexara de engañarse.
Gabr. Parécete á tí, Miguel
(hablémonos sin disfraces)
que esta exquisita maraña
puede pasar adelante,
sin que siendo descubiertos
nuestras dos vidas lo paguen?
Doy que llegue á conseguirse,
doy que llegue á declararme
en Portugal, doy que sea
todo feliz, todo fácil;
Corona que es de Filipo,
Rey tan sagaz y tan grande,
Cetro que no es de derecho
de conquista ni de sangre
mio, siendo un hombre yo
de tan obscuro linage,
cómo es posible, que el Cielo
permita que yo le mande?
pues sabemos que los Reynos,
siendo Dios quien los reparte,

que no se puede engañar,
se dán solo á los que nacen
destinados para Reyes
con virtudes naturales.
Todo esto no te hace fuerza,
Miguel?
Mig. No, Gabriel, no me hace:
Alexandro engañó á Siria,
donde logró coronarse:
por el dictamen de Augusto
todas las Septentrionales
Naciones jamas tuvieron
los Reyes mas principales,
sino á los que del valor
ayudados y del arte
lograron llegar al Trono;
Roma esta verdad declare,
pues quántos Cesares vió
de tan indecentes padres,
de tan obscuros principios,
que la púrpura flamante
repitió el enrojecerse,
sintiendo vulgarizarse?
Lleguemos á Portugal,
que aun quando allá se declare
nuestra ficcion, viendo que es
á fin de que libres se hallen
del imperio Castellano,
no solo ha de perdonarse
nuestro error, sino es hacernos
estátuas de bronce y jaspe.
Bien sabes que desde el punto
que te ví, empecé á guiarte
(viéndote tan parecido
en rostro, acciones y talle
al Portugués Sebastian)
á que fingir intentases
ser él: hasta hoy no hay azar
que con razon te desmaye;
pues qué temes?
Gabr. Nada temo,
estando tú de mi parte.
Mig. Presto lo verás, pues luego *ap.*
que á entrar á Portugal pases,
avisado Don Antonio,
saldrá al camino á matarte,
y con eso quedaremos
yo contento y él triunfante:
pues de la ocasion valído,
alzará los Estandartes
Portugal por su Bastardo.
Gabr. En qué te suspendes?
Mig. Dame
permiso de que á enviar
vaya aquellos memoriales
que has despachado.
Gabr. Ya era
tiempo de que á estos parages
aquellos dos Portugueses
hubiesen vuelto.
Mig. Aun no es tarde.
Gabr. Miguel, hanme dicho, que una
Compañia de Farsantes
hoy pasa á Valladolid,
haz que esta tarde descansen
en este Lugar, que á trueque
de unos doblones holgarme
quiero esta noche en mi casa
un rato.
Mig. No lo reparen
en el Lugar. *Gabr.* Yo sabré
trazarlo: hay mas de que llamen,
y entren por la oculta puerta,
que hasta ahora no sabe nadie,
y mandé abrir en mi casa,
por si es precisa?
Mig. Adelante;
ya sabes, que yo he de hacer
todo lo que me mandares. *Vase.*
Salen Moscon y Clara con manto tapada y un papel en la mano.
Mosc. Aquí está mi amo, Reyna.
Dos horas ha, que á buscarte
anda esta Dama tapada.
Gabr. A divertir mis pesares
me salí al campo, y sintiera
que tan caro me costase
como perder esta dicha.
Clara. No imagino que es muy grande.
Gabr. Cómo?
Clara. Como quien os busca
soy yo. *Descúbrese.*
Gabr. Mas valor le añade,
que seas tú, Clara mia:
tú en mi busca? no quedaste
enojada? *Clara.* Y aun lo estoy;
pe-

pero eso de qué me vale,
si soy criada, y hacer
es fuerza lo que me manden?
Doña Leonor mi señora,
sintiendo que te ausentases,
conforme en obedecerla::-

Gabr. No pases mas adelante.

Clara. Eso no, escucha el recado,
y haz luego lo que gustares:
Dice, que una novedad
muy urgente, extraña y grave
le fuerza á que suspendido
aquel decreto te llame:
que vayas á verla al punto;
mas para qué he de cansarme?
este papel lo dirá.

Gabr. Damele. *Clara.* Qué intentas?

Gabr. Rasgarle,
y darle eso por respuesta.

Clara. Eso no, que aunque la engañes
tú, como á mí, siendo yo
la que viene, he de llevarle
la respuesta del papel.

Gabr. Pues empieza tú á notarle.

Clara. Tan aprisa se apuraron
mentiras y falsedades,
que no hay una que escribirle
siquiera de las que hallaste
para convencerme á mí?
aunque no, que siendo frases
para Leonor, podrá ser
que encuentres con las verdades.

Dale el papel.

Gabr. Pues traygo con que escribir,
permíteme que me aparte,
que ya vuelvo con respuesta. *Vase.*

Mosc. Mi sa Clara, aunque no campen
criados de Pasteleros
con Mondongas de Deidades,
permítame á su servicio
ofrecerme.

Clara. Dios te guarde,
Moscon.

Sale Catuja, y quedase á un lado.

Cat. Unos hombres buscan
á Gabriel, y no habiendo alguien
que venga á buscarle, voy
(por si ha salido hácia el Parque)
á ver si topo con él,
aunque se quede un instante
sola la Pastelería;
pero que miro? ha vergante!
Moscon con una tapada
con figuras y ademanes?
vive el que vive, que es Dios::-

Clara. Con que está linda?

Mosc. Hecha un Angel
la niña está. *Clara.* Quién la viera!
Y quién de comer os hace
ahora? y la Pastelería
quién la asiste?

Mosc. No me hables
de eso; una moza maldita,
que de mí empezó á pagarse
en Medina hemos traído,
pero el diablo que la aguante.

Cat. Há picaro!

Mosc. Ella es taymada,
puerca, fria, floxa y fácil;
y para que los pasteles
le puedan salir de valde,
no hay gato que no desuelle,
ni borrico que no mate;
y el carnero que le dan,
le vende á las vecindades.
El otro dia encontró,
uno que llevó una ojaldre,
un zapatico de niño
metido entre cuero y carne.

Cat. Mientes, pícaro, alcahuete, *Llega.*
y ella la borracha infame;
míreme, que si la cojo::-

Clara. Apartese allá. *Cat.* Que aparte?
mas que me quito un zapato::-

Sale Gabriel.

Gabr. Qué es esto?

Cat. Moscon lo sabe;
unos hombres embozados,
que ahora han venido á buscarte,
en casa están.

Gabr. Pues que vuelvan
puedes decir esta tarde,
que ya sé quienes serán;
ó que allá con Miguel traten
lo que han de tratar conmigo.

Cat. Yo sé que tú me lo pagues,

de-

dexate estar. *Vase.*

Gabr. Esta es *Dale un papel.*
la respuesta, en que delante
de tí, que la veré digo,
y empiece á lisongearte
esta joya. *Clara.* Estás en tí?

Gabr. Toma.

Clara. Por no desayrarte
la tomaré. *Gabr.* Yo lo creo.

Dale una joya.

Clara. Eso está bien, que no cabe,
viniendo yo por tercera,
que la llevara un desayre. *Vase.*

Mosc. Hombre, vive Jesu-Christo,
que no han de hallar los Anales
hombre en mentir mas dichoso.

Dent. Fadr. Ya les digo que se aguarden.

Dent. Rodr. Anda, cochero.

Fadr. Ha villanos!
matadlos.

Dent. Minist. No hay quien ampare
á la Justicia? *Gabr.* Qué escucho!
Justicia dixo? esto baste,
que quien no la atiende, no
puede tener buena sangre. *Vase.*

Mosc. Pues yo la tengo de chinches
segun eso: fuerte lance!
á un coche de quatro mulas
con tres hombres, que en el trage
Ministros parecen ser,
se les han puesto delante,
al entrar en el Lugar,
con máscaras y disfraces,
mas de diez hombres, con ellos
envisten, fuerza es les maten,
que son muchos; mas qué miro!
á cuchilladas los trae
Gabriel hechos un ovillo:
ha guapo del alma, dales.

Sale Gabriel riñendo con Don Fadrique y Criados con mascarillas.

Gabr. Villanos, ahora vereis
como debe respetarse
la Justicia.

1. Ay, que me ha muerto.

2. El demonio que aquí pare.

3. Una furia es del Infierno.

Fadr. Huid ántes que nos alcancen,
no nos conozcan; venid,
que esto no es obrar cobardes,
sino es obrar prevenidos:
Cielos, que yo malograse
la ocasion de que mis zelos
den muerte al que ha de matarme! *Vanse.*

Gabr. Esperad, viles.

Sale Don Rodrigo vestido de Alcalde.

Rodr. Teneos,
Caballero, que bastante
demostracion de quien sois
habeis dado en esta parte,
amparando á la Justicia,
que es el toque y el quilate
de quien, siendo noble, cumple
con lo que debe á su sangre;
yo os estimo, como es justo,
la atencion.

Gabr. Señor Alcalde,
lo que yo por mí executo,
no me lo agradece nadie.

Rodr. Deseo saber quien sois.

Gabr. Teneis algo que mandarme
en particular? *Rodr.* No, amigo.

Gabr. Pues siendo así, que declare
es excusado lo que
os expresan las señales;
mirad como obro, y con eso
sabreis quien soy: Dios os guarde. *Vase.*

Rodr. En toda mi vida ví
hombre mas vano y mas grave:
ha hidalgo.

Mosc. Qué se os ofrece?

Rodr. Este es del mismo semblante *ap.*
que el otro: quién es este hombre,
que bizarro y arrogante
me dió favor?

Mosc. Lo que os puedo
decir, que es, por lo agradable,
hombre de muy linda masa,
aunque bien suele picarse,
y que entiende de repulgos.

Rodr. Es hidalgo de linage?
es rico? *Mosc.* Si, pella tiene,
y anda las mas de las tardes
con Faxardo y Monte-Rey,
Caballeros principales. *Vase.*

Rodr. Ya no quiero saber mas,

y

y pues dos caûsas me traen
á Madrigal, la una de ellas,
la órden que aquí ha de enviarme
el Rey en estando aquí
para un negocio muy grave,
que hasta ahora no sé lo que es,
aunque sé que es importante:
y la otra, ya que Don Sancho
de Basconcelos me trate
boda con Leonor su hija,
ver con quien he de casarme,
que bodas tratadas, pocas
veces suelen acertarse:
quiero entrar en el Lugar,
llegue el coche.
1. Ha Juan, no pares,
llega.
Rodr. Han seguido á esos hombres?
2. Tras ellos fué Andres Gonzalez
el Alguacil. *Rodr.* Si consigo
saber quienes son los tales,
yo haré que en una Galera
aprendan á disfrazarse. *Vase.*
Salen Clara y Leonor.
Clara. Aquesta joya me dió
Leon. No te he dicho que es galante?
así, Clara, fuera amante;
pero en fin, qué respondió?
Clara. Que ya estaba convencido;
pero que habiendo notado,
quando le dicen que estado
tomas, que le has despedido;
si viene á verte, será
solo por no desayrarte,
y por poder suplicarte,
que de él no te acuerdes ya.
Leon. Tan ayrado está? *Clara.* Si en tí
ve tan trocada la fe,
qué quieres que haga? *Leon.* No sé.
Clara. Lee el papel.
Leon. Dice así:
Lee. Aunque el ver claro un engaño
es escarmiento oportuno,
iré, pues ya llevo el uno,
á dar otro desengaño;
porque no penseis que están
mis escarmientos, Leonor,
para que astucias de amor
los desfiguren. Don Juan.
Al paño Sancho. Leonor leyendo un papel,
y con el lienzo en los ojos?
qué miro!
Leon. Ya tus enojos
lograrás, Don Juan cruel,
pues viéndome enagenada,
vengado te hallas de mí.
Clara. No llores, señora, así,
que no remediamos nada;
á vencer á Don Juan prueba,
que así tu enojo se ataja.
Sancho. Por Dios, que muy linda alhaja
truxe en la criada nueva;
qué Don Juan puede este ser?
Clara. Si una vez te llega á oir,
no se sabrá resistir.
Leon. Y cómo habemos de hacer
para lograr verle? (ay Dios!)
Clara. A tu padre engañaremos,
la vuelta le cogeremos.
Sancho. Yo lo fio de las dos.
Clara. Mas de una cosa me pesa,
y es, que si en otro poder
entras, me pierdo hoy el ser
criada de una Alcaldesa.
Leon. Sin Don Juan no aspiro á nada,
solo á que resuelva aguardo.
Sancho. Si una migaja me tardo,
por Dios que la hallo casada.
Clara. Señor viene.
Leon. Ay de mi triste!
mejor irnos ha de ser.
Sale Sancho. Tente, que ántes he de ver
ese papel que escondiste.
Leon. Qué papel?
Clara. Es uno mio.
Sancho. Ya sé de quien es, villana,
y sé lo poco que gana
con un injusto alvedrio
un trato amable y atento;
pues quando yo desvelado
pongo todo mi cuidado
en lograr tu casamiento
con un hombre principal
de estudios y de esperanzas,
andas tú en estas andanzas?
no sé como sufro tal:

mas yo lo agradezco mucho,
que tu engaño y resistencia
justifican mi violencia;
qué he de aguardar, quando escucho,
que hay papel y que hay Don Juan?
esperaré inadvertido
á saber que ya es marido
el que sé que ya es galan?
no por cierto; y pues que hoy
á Madrigal ha llegado
Don Rodrigo tu tratado,
al punto á buscarle voy:
hoy te has de casar, que así
no pierde mi honor su esfera. *Vase.*

Leon. Oye, escucha, aguarda, espera:
ay infelice de mí!
que ya que no me casara
con Don Juan le concediera,
como con hombre no fuera
á quien no he visto la cara.

Clara. A tí no te han de forzar.

Leon. Mucho es de un padre el poder.

Salen Ines y Moscon.

Mosc. Reyna mia, quiere ver
si hay licencia para entrar?

Ines. Servidor, señor Moscon.

Leon. Quién está á la puerta, Ines?

Ines. Gabriel de Espinosa es.

Leon. Que entre. *Sale Gabriel.*

Gabr. En tan festiva ocasion,
como dia, Leonor bella,
que en tan venturoso empleo
la antorcha enciende Himeneo
en la mas brillante estrella,
á quién se puede negar
la entrada? no puede ser,
todos han de entrar á ver
para tener que envidiar.

Clara. Que sabiendo que es fingido
lo que le dice estudiado,
dé el oirlo tal enfado!

Mosc. La casa huele á marido.

Ines. Algo hay de eso.

Leon. Ya, Don Juan,
otra pena no faltaba
á quien de llorar acaba
los disgustos que la dan,
sino que al verme sin tí
ni lo sientas ni te asombres.

Clara. Mira lo que son los hombres,
todos ellos son así.

Gabr. Yo te confieso, Leonor,
que solo tu casa es centro
de mi luz, solo aquí dentro
halla descanso mi amor,
aquí está mi bien, mi encanto.

Clara. Conmigo habla, en mí repara.

Leon. No está muy extraño, Clara,
quando me requiebra tanto.

Clara. Su modo de hablar no apruebo,
quizás con doblez te habló.

Leon No digas eso, que yo
sé muy bien lo que le debo.

Clara. Si lo sabes, para qué
me lo preguntas?

Leon. Pues ví,
Don Juan, que aun duran en tí
cariño, lealtad y fe,
te ruego, que á olvidar pases
disgustos, ansias y quexas,
y dime, qué me aconsejas?

Gabr. Que luego al punto te cases.

Leon. Eso dices? *Gabr.* Eso digo:
en el Lugar divulgado
está, Leonor, tu tratado;
es un hombre Don Rodrigo
de Santillana muy noble,
muy galan y muy cortés,
tan á propósito es,
que fuera en mí trato doble
no decirte esta verdad;
al principio hay extrañeza,
pero despues la fineza
conquista la voluntad.
Yo, aunque sea Caballero,
miéntras ocultar conviene
mi estado, el mundo me tiene
por un pobre Pastelero:
mira tú si eliges mal
en trocar con tu favor
un hombre humilde á un Señor,
á un Hidalgo un Oficial.
Harás un gran desatino
en no estar gustosa y rica.

Mosc. Vive Dios, que la predica
mas que un Frayle Capuchino.

Gabr. Clara, tú que en todo estás
persuadela lo mejor:
ves lo que hago por tu amor?
Clar. Es porque no puedes mas.
Ines. Señora, á vencer no pruebes,
á quien desayres suspira,
de un falso, un aleve::-
Clara. Mira
si sabes lo que le debes.
Leon. No siento, señor Don Juan
de Silva, ó señor Gabriel,
como quisiereis, que infiel
pagueis mi amoroso afan;
que claro está, que enojado
no es mucho, habiéndome oido,
que no salgais al partido,
que estimara mi cuidado:
lo que yo ahora deseara
era, que camino hubiera
para que se suspendiera
la aceleracion tan rara
en que mi padre me ha puesto,
casándome hoy (ay de mí!)
Gabr. Clara, parecete á tí,
que hay inconveniente en esto?
Leon. Pues Clara, qué ha de saber
si hay inconveniente ó no?
quien lo pregunta soy yo.
Gabr. Ella me ha de responder,
que no sé yo, pues ha sido
de tus secretos la llave,
si esto executarse cabe.
Leon. Yo me doy á ese partido.
Hay misterio en que pues ya
que mi padre me violenta,
se dé tiempo á lo que intenta?
Clara. Digo yo, que no le habrá:
eso, señor, has de hacer.
Gabr. Si; pues yo haré que se espere,
y que quando yo quisiere
te case. *Leon.* Cómo ha de ser,
si hecho una fiera salió,
y ya concertado está?
Gabr. Como se suspenderá.
Leon. Quién nos lo asegura?
Gabr. Yo.
Leon. Pues tú quién eres, que así
en mi padre has de mandar?
Gabr. Soy quien le puede obligar::-
Leon. A que no me case? *Gabr.* Si.
Leon. Raro poder! fuerte imperio!
Gabr. Ahí verás quien es Gabriel
ó Don Juan.
Leon. Ya sé que en él
ó hay embuste ó hay misterio.
Mosc. Gente viene. *Ines.* Mi señor
sube ya por la escalera.
Leon. Qué haremos?
Gabr. Aguarda, espera,
escondernos no es mejor?
Leon. Yo no lo sé.
Gabr. De este modo
vamos mal, si alguien repara.
Leon. Respondeselo tú, Clara,
pues que te consulta en todo.
Mosc. Vamos. *Retíranse.*
Clara. Entren ahí. *Ines.* Señora,
al novio y tu padre he visto.
Leon. Pues al novio le conoces?
Ines. No, pero que él es me han dicho.
Salen Don Sancho, Don Rodrigo y Don Fadrique.
Sancho. Yo agradezco esta ocasion,
que me anticipa á serviros
el tiempo en vuestra venida:
esta es, señor Don Rodrigo
de Santillana, mi hija.
Rodr. Decid que es el Sol benigno,
que á las puertas del Oriente
coronado de zafiros,
viste el Cielo de explendores,
y el Orbe de regocijo;
no he visto muger mas bella.
Fadr. Esto escucho y esto miro! *ap.*
pero, zelos, sufrimiento
hasta hacer lo que imagino.
Sancho. Hablale, Leonor; qué es esto?
Leon. Señor, que vengais estimo
con gusto y salud.
Rodr. A quién
no sobran esos alivios,
si logra, habiendo cegado,
la gloria de haberos visto?
Fadr. Yo, señora, discurriendo,
que con esto os agrado y sirvo,
á quanto este Caballero [illegible]

me mandare, me he ofrecido.
Sancho. Mucho debemos, Leonor,
al noble bizarro estilo
con que el señor Don Fadrique
nos honra.
Leon. Quien por sí mismo
lo executa, de sí propio
debe estar agradecido.
Sancho. Qué desagradable estás?
Leon. Enséñame tú el camino
de amar en un quarto de hora.
Rodr. Feliz soy.
Fadr. Sin alma vivo.
Ines. Qué figuras!
Clara. Bien extrañas.
Mosc. Lo escuchas?
Gabr. Todo lo he oido.
Sancho. Señor Don Rodrigo, y quál
ha sido el nuevo motivo,
que á Madrigal os conduce?
Rodr. El primero y el mas digno
es haber visto la dicha
de un bien que no he merecido;
y el segundo, cierta órden
con que el Rey venir me hizo
á un negocio de importancia,
á que no he dado principio,
porque aun ignoro lo que es,
hasta que haya recibido
por las cartas los despachos:
bien que ya no falta indicio
de que hay en el Madrigal
mucho daño.
Sancho. Pues qué ha habido
hasta ahora en él, que os disguste?
Rodr. Qué mas, que quando quisimos
entrar hoy por la mañana
en el Lugar, atrevidos
diez hombres enmascarados
arrojarse al coche mismo
en que venia, á matarnos
á mí y á los dos Ministros
que iban conmigo sin dudas;
pero en fin, el Cielo quiso,
que se hallase allí un Gabriel
de Espinosa, así me han dicho
que es su nombre, el mas bizarro
Pastelero que yo he visto,
porque con el mayor garvo
sacó la espada atrevido,
que jamas espero ver,
y en un instante les hizo
huir, despues que riñendo
descalabró quatro ó cinco:
quién es este Pastelero?
Fadr. Es hombre de traza y brio:
aunque fué contra mí el lance, *ap.*
yo siempre la verdad digo.
Sancho. El Pastelero es hidalgo
bien honrado, yo lo afirmo;
si supiera quien él es. *ap.*
Gabr. Lo oyes?
Mosc. Son unos cochinos,
que no me alaban á mí.
Rodr. Mucho de él he presumido,
que quando le hablé, me habló
con tan grave señorío
y tan rara Magestad,
que á no haber su garvo visto,
le tuviera en su preñez
por loco de buen capricho.
Sancho. Haced mejor juicio de él.
Leon. Cada vez hallo motivos,
Clara, de quererle mas.
Clara. Ahora con eso salimos?

Sale un Ministro con unos pliegos.

Minist. Señor. *Sancho.* Qué hay?
Minist. Con estos pliegos
viene de casa un Ministro
buscando al señor Alcalde.
Rodr. Permitid que vaya á abrirlos.
Sancho. Venid.
Rodr. No, que á mí me importa
ir solo, y así os suplico,
que os quedeis: Señora, el Cielo
en vuestro rostro divino
guarde lo mejor del cielo.
Leon. La cortesanía admito,
no la lisonja; él os lleve
con bien.
Sancho. Qué os ha parecido
Leonor?
Rodr. Tanto, que el instante
que suspendiereis remiso
la fortuna por quien muero,
haced cuenta que no vivo. *Vase.*

Sancho. Leonor, entra á disponerte,
que esta noche determino
quedes casada. *Fadr.* Señor
Don Sancho, oidme os suplico:
Yo he servido á vuestra hija
desde que á Madrigal vino,
con el mas honesto amor
y el afecto mas rendido,
que se debe á una hermosura.
Sancho. Qué decís?
Fadr. Esto que os digo;
que he querido esté delante,
para que habiendo venido
á este despecho mi amor,
sepa que es constante y fino.
Sancho. Ve aquí lo que son las hijas,
no halla un padre uno al principio,
y en estando concertadas,
brota la tierra maridos.
Fadr. Yo la he servido leal,
y aunque mal correspondido,
en fuerza de ser quien es,
no tanto, que mi cariño
jamas de ser venturoso
quedase destituido.
No soy tampoco hijo de algo,
tampoco estimado y rico,
que no merezca nombrarme
su esclavo y no su marido.
No os digo que me la deis,
teniendo ya á Don Rodrigo
dado el sí, solo prevengo,
que yo soy aquel que quiso
á la entrada del Lugar
matarle, y que si al abismo
baxa, han de hacerle pedazos
mis zelos, pues mi delirio
no está en parage de que
piense en mas, que en precipicios:
ved lo que os está mejor,
ó que sea el elegido
yo, ó que muriendo los dos,
le quede al mundo camino
de que ande vuestra opinion
vagando de juicio en juicio. *Vase.*
Sancho. Oid, escuchad: qué es esto,
Leonor?
Leon. Es un desvarío
de un hombre necio.
Sancho. No habia
bastante (un volcan respiro!)
con aquel Don Juan de Silva,
que los papeles te ha escrito,
sin salir un Don Fadrique
con estotro desatino?
Leon. Señor::-
Ines y Clara. Ayrado está el viejo.
Sancho. Pues por ese caso mismo
te has de casar luego luego,
que ya con tales indicios
llega este caso á parage,
que peligre el honor mio:
vete á vestir luego al punto.
Leon. Para qué? *Sancho.* No lo has oido?
para casarte. *Leon.* Casarme
sin mi eleccion?
Sancho. Gusto es mio:
vive el Cielo, que ha de ser.
Leon. No hay quien baste á resistirlo?
Sancho. No hay quien baste.
Leon. Si hay. *Sancho.* Quién?
Salen Gabriel y Moscon.
Gabr. Yo.
Sancho. Señor, vos escondido
en mi casa?
Gabr. Vine á veros,
y viendoos entrar seguido
de Don Fadrique y estotro,
á quien defendió mi brio
hoy en el campo, me quise
ocultar.
Sancho. Buen arbitrio;
pero qué decís, señor?
Gabr. Que aunque la hayais prometido,
no es mi gusto que caseis
á Leonor.
Sancho. Ved os suplico,
que está mi honor de por medio.
Gabr. Vuestro honor es el que miro.
Sancho. Y mi palabra?
Gabr. No importa.
Sancho. Y el mundo?
Gabr. Este es gusto mio,
Don Sancho, yo he de casarla
en Portugal á mi arbitrio:
yo no quiero que dexeis

en Castilla vuestros hijos.
Sancho Señor, está bien.
Gabr. Despues
me buscad: Leonor, yo fio,
que hará lo mejor Don Sancho,
no teneis de qué afligiros. *Vase.*
Leon. Qué es esto, Cielos, que veo?
posible es que aquí escondido
no hay gran misterio.
Sancho. Leonor,
no he de forzar tu alvedrio,
ya no te quiero casar.
Leon. Y quando quieras te pido,
que me cases con Don Juan,
pues puede con tu alvedrio
tanto.
Sancho. Qué Don Juan, Leonor?
Leon. Este, señor, este mismo,
que ahora se acaba de ir,
éste aquel papel me ha escrito,
aqueste es Don Juan de Silva.
Sancho. Tú me harás perder el juicio,
este es hombre que no puede,
Leonor, casarse contigo.
Leon. Pues mira cómo ha de ser,
porque él me lo ha prometido. *Vase.*
Clara. La tortilla se descubre.
Ines. Quién tan gran enredo ha visto!
Sancho. Yo no sé que me sucede:
yo prometí á Don Rodrigo
á Leonor; darle la muerte
Don Fadrique ayrado quiso;
un Don Juan la galantea,
que es el Rey; este Rey mismo
es Gabriel el Pastelero,
que está en mi casa escondido.
Yo la caso, y no la caso:
valedme, Cielos divinos,
que no sé en qué han de parar
tan extraños laberintos. *Vase.*
Salen Maravete, Rodelos, los dos Portugueses y Gabriel.
Port. 1. Este Memorial me dió
el Marques de Formigueyra.
Port. 2. La Provincia de la Veyra
asistiros decretó
con tres mil hombres montados.
Port. 1. Aqueste es del de Viséo.
Gabr. Con vuestras noticias creo,
que quedarán consolados
mis Portugueses.
Port. 1. Señor,
es tan grande la alegria,
que os esperan cada dia
con mayor lealtad y amor.
Gabr. En mi Trono me verán
muy aprisa. *Port.* 2. Allá por fe,
apénas hay uno, que
no espere al Rey Sebastian.
Gabr. Para quando me halle allá,
Don Juan, vuestra es la Encomienda
de Oporto.
Port. 1. Servir pretenda,
quien premios recibe ya.
Gabr. Quién está en Yelves?
Port. 2. Señor,
Don Juan Brito.
Gabr. Don Juan Brito?
dexarle allí solicito:
Yo os doy de Monte-Mayor
el Gobierno.
Port. 2. A mano llena,
señor, honrais mi hidalguía.
Gabr. Vino ya la Compañía?
Mig. Si señor.
Gabr. Saquen la cena.
Ponen un aparador grande de plata, y mesa con mucho adorno; sacan á la Niña y la sientan en una silla, y todos sirven de rodillas.
Mig. En esto no sé si gana
Gabriel. *Gabr.* Miguel.
Mig. Señor.
Gabr. No han traído el aparador
de la señora Doña Ana?
Mig. Sí.
Gabr. Que le pongan.
Sale Don Sancho.
Sancho. Sintiera,
señor, el haber tardado.
Gabr. A buen tiempo habeis llegado.
Port. 1. Qué Magestad tan severa!
Mig. La Princesa.
Gabr. Aquí ha de ser:
quereis vos cenar, mi Aurora?
Niña. Si, padre, aunque soy señora,
ten-

tengo gana de comer.
Gabr. Canten, servid.
Sancho. Quién ha visto
pasar tan de extremo á extremo?
á mi propio juicio temo.
Mosc. Absorto estoy, vive Christo.
Dent. Música. Por despojar á Muley
el Rey Sebastian murió,
el mundo un Heroe perdió,
y Portugal un gran Rey.
Gabr. Qué dice esa vil cancion?
de caso fatal é incierto,
qué importa, si yo no he muerto,
que muriese mi opinion?
Solo en la fama espiré:
si me mató para España
una hazaña, de otra hazaña
Fenix resucitaré:
y á quien me admitiere mal
y á no adorarme se apreste,
haré trozos como este
endurecido metal. *Rompe un plato.*
Sebastian no deshacia,
ya le rompa ó ya le fuerza,
qualquier hierro? pues su fuerza
no ven que aun vive en la mia?
Yerro el que me imputan es,
pues deshagale mi mano,
y tiembleme el Castellano,
y témame el Portugués;
pues yo::- *Los* 3. Señor::-
Niña. Ay de mí!
Gabr. Hija mia, no lloreis,
no, no temais: no canteis.
Mig. Gustas de que dancen? *Gabr.* Si.
Port. 1. El que Rey no le creyere,
venga á tratarle. *Port.* 2. Confieso
que le temí.
Sancho. Aqueste exceso
no le hará quien Rey no fuere.
Dentro. Abran aquí á la Justicia.
Todos. Qué es aquesto?
Gabr. No os turbeis,
una pendencia he tenido
hoy, y buscarme este ruido
es, vosotros os podeis
por la puerta oculta ir.
Mosc. Ay, que vuelven á llamar.
Gabr. Vosotros podeis quedar,
que aquí no hay para qué huir.
Port. 1. Señor, todos moriremos,
si á tu defensa importamos.
Gabr. No os he dicho que os vais?
Los 3. Vamos,
que así mas servicio haremos. *Vanse.*
Quitan las mesas, y muda Gabriel de trage.
Rodr. Vayan al suelo. *Minist.* Ya cayó.
Gabr. Quién entra de esta manera
en mi casa (suerte fiera!)
con tan poco modo?
Salen Don Rodrigo y Ministros.
Rodr. Yo:
sois Gabriel el Pastelero?
Gabr. Si soy. *Rodr.* Pues qué desacato
es, si como tal os trato,
entrar así? *Gabr.* Un Caballero,
si prende un hombre de bien,
debe prenderle sin ruido.
Rodr. Remediarse no ha podido;
inquirid el quarto bien,
toda la casa mirad;
y pues con ruido le incito,
á la carcel callandito
al hombre de bien llevad.
Entranse algunos Ministros.
Gabr. Mirad que soy hombre honrado,
y ved que hoy os he valido.
Rodr. Como Ministro me olvido
del padre que me ha engendrado.
Gabr. Pues como quien sois, que es
en lo que mas me confio,
os reconvengo. *Rodr.* Rey mio,
eso se verá despues.
Sale un Ministro con unas joyas.
Minst. Estas alhajas he hallado.
Rodr. Ricas son: y qué papel?
Minist. Nada. *Rodr.* Sois, señor Gabriel,
Pastelero acomodado.
Gabr. No son mias. *Rodr.* Las señales
lo manifiestan así;
tomad, no falten aquí,
porque son alhajas Reales.
Sale un Ministro con Miguel.
Minist. Señor, aqueste Estudiante
iba á saltar de un balcon.
Mig. Mirad::- *Rodr.* Vaya á la prision,
que

que allí brincará bastante.
No sois vos un tal Miguel
de los Santos? *Mig.* Ese mismo.
Rodr. Juzgo que en este embolismo
no haceis vos poco papel.
Sale un Ministro con Rodelos.
Minist. Este hombre estaba escondido.
Rodel. Señor, pues yo en qué he pecado?
Rodr. A la carcel con cuidado.
Sale Maravete.
Marav. Quién causa todo este ruido?
Rodr. Prended á esotro tambien.
Sale Moscon.
Mosc. Por dónde podré escapar?
Rodr. No dexeis á ese pasar:
á la carcel. *Sale Catuja.*
Cat. Ay mi bien!
que me llevan á Moscon.
Rodr. Prendan tambien esa moza.
Mosc. Como la pongan coroza,
yo doy por bien mi prision.
Niña. Padre. *Rodr.* Tambien esa Niña.
Gabr. La Niña qué ha cometido?
Rodr. Si la llevamos sin ruido,
no habrá por qué usted nos riña.
Minist. 1. Todos á la carcel luego:
señor, papeles he visto.
Rodr. Cogerlos, pleguete Christo.
Mosc. Parece cosa de juego:
Jesus, qué enjambre que vamos!
Gabr. Ved que soy, señor Alcalde,
mas que pensais. *Rodr.* Ea, llevadle;
ahora en eso nos paramos?
Pastelero os hallo acá,
yo obro Ministro severo,
si sois mas que Pastelero,
en la carcel se verá.

JORNADA TERCERA.

Corren la cortina, y habrá una mesa con recado de escribir y campanilla, y Don Rodrigo estará sentado en el centro, y á un lado un Escribano y Ministros.

Rodr. El Rey pone á mi cuidado
un árduo negocio, tal,
que España no le vió igual
en este ni otro Reynado.
Que yo me desvele es ley,
hasta que le satisfaga,
y ni aun así no se paga
la confianza de un Rey.
Ya á la señora Doña Ana
tomé su declaracion,
con la debida atencion
á muger tan soberana:
pero me tiene admirado,
temeroso y vacilante,
en caso tan importante,
las cosas que ha declarado.
Muger de virtud tan rara,
tal sangre, tal santidad,
cosa que no sea verdad,
no dixera ni jurara:
y las que hasta ahora van
escritas (rigor severo!)
prueban que este Pastelero
es el Rey Don Sebastian.
Si se cree á tal persona,
y á lo que presume el mundo,
pierde Felipe Segundo
la Portuguesa Corona.
Pues no he de dexar indicio
de este embuste, este secreto;
si yo fuera muy discreto,
ya hubiera perdido el juicio.
Rodelos: ola, llamad
á Rodelos. *Minist.* Ya está aquí.
Sale Rodelos con grillos.
Rodr. Qué hay? cómo os hallais así?
Rodel. Con poca comodidad.
Rodr. Yo lo creo, que no es bueno
andar de salto y de error.
Rodel. Muy malo es traer, señor,
las espinillas con freno.
Rodr. Yo haré que os alivien de él,
si la verdad me decís;
quánto tiempo ha que servís
al Pastelero Gabriel?
Rodel. Un año.
Rodr. Y qué habeis notado
lo que ha que le habeis servido?
Rodel. Que él está rico y lucido,
que anda siempre bien portado,

sin tener gage ni renta,
y en un contínuo misterio,
que ya tratable, ya serio,
unas veces representa
ser Pastelero, otras Duque,
que á qualquiera vuelve loco.
Rodr. Seo Rodelos, poco á poco,
no sea que me trabuque:
vení, acá, este Pastelero
es avaro? es codicioso?
Rodel. Antes es tan generoso,
que desperdicia el dinero.
Mucho ántes que entrase yo
tuvo, señor, dos criados,
y con doscientos ducados
el uno se le escapó.
Cierto amigo que tenia
le dixo, hacia muy mal
en no cobrar su caudal;
y él con grande bizarria
dixo, jamas le haré daño
si á la vista se me ofrece,
que mayor paga merece
quien logró servirme un año.
Rodr. Con que espíritu y valor
no viven en él en valde?
Rodel. Me quemen, señor Alcalde,
si él no fuere gran Señor:
y aun yo::-
Rodr. Diga sin afan,
descubra, amigo, mas luz.
Rodel. Juraré á Dios y á una Cruz,
que es el Rey Don Sebastian.
Rodr. Tambien está loco, amigo,
como lo está ese pobrete.
Rodel. Yo apuesto, que Maravete
confirma lo que yo digo.
Rodr. Ya lo veremos, andar:
Maravete.
Vase Rodelos, y sale Maravete.
Minist. Allá va eso.
Rodr. Qué hay? cómo estais?
Marav. Señor, preso.
Rodr. Me pesa. *Marav.* Echarlo á rodar.
Rodr. Qué tiempo habrá que á Espinosa
servís? *Marav.* Habrá un año entero.
Rodr. Qué sabeis de este embustero?
Marav. Señor, maldita la cosa;
porque yendo al Locutorio
de la señora Doña Ana,
ó á otra parte él, que no es rana,
porque no fuese notorio
su tratado ó su secreto,
siempre en casa nos dexó,
ninguno le acompañó.
Rodr. Con efeto? *Marav.* Con efeto.
Solo un dia me quedé
en su quarto y me escondí,
y entrar dos personas ví,
y segun lo que observé,
uno Obispo parecia,
y á otro llamaba Marques.
Rodr. Gabriel de Espinosa? *Marav.* Pues?
Rodr. Y ellos con qué cortesía,
qué trato ó qué urbanidad
con Gabriel despues hicieron?
Marav. El trato que allí le dieron
ambos, fué de Magestad;
y en lo bizarro, lo atento,
lo cortés y lo entendido,
yo le tengo conocido.
Rodr. Mirad que vayais con tiento.
Marav. Que no, que le tengo yo
bien visto, él es Portugués,
y el Rey Don Sebastian es,
que en Africa se perdió.
Rodr. Qué decís? *Marav.* Esto que digo,
y lo juraré á porfia
á Dios y á Santa María.
Rodr. Id con Dios: otro testigo.
Vase Maravete, y sale Moscon.
Minist. Moscon.
Rodr. O señor Moscon?
venís apesadumbrado?
Mosc. Señor, traygo aquí encajado
un Acto de Contricion.
Rodr. De Contricion? cómo así?
Mosc. Como aunque tenga disculpa,
por mi culpa, por mi culpa
me pesa de estar aquí.
Rodr. A qué encierro os envié?
Mosc. A uno en que hay tantos ratones,
que me engullen los calzones,
porque sienten no sé qué.
Rodr. Ahora bien, vos sois criado
de Espinosa el mas querido,

de-

decid, qué os ha sucedido
lo que ha que andais á su lado?
Mosc. No lo declaró Catuja?
Rodr. Qué Catuja?
Mosc. Aquella moza
pretendiente de coroza
por los meritos de bruja.
Rodr. Pues esa, dime, qué vió?
Mosc. Mas que yo: no estaba allí?
Rodr. Ola, Catuja. *Minist.* Entra ahí.
Sale Catuja.
Cat. Loado sea el que crió
el sapo sin coyuntura,
el hombre en forma de cá,
la muger lampiña, y la
calabaza sin costura.
Rodr. Extraña salutacion.
Mosc. Ya que está la gente junta,
forme usasté su pregunta.
Cat. Haga su interrogacion.
Rodr. Supuesto que habeis servido
á Gabriel el Pastelero,
que me hagais patente quiero,
qué habeis visto y entendido
de su trato y de su obrar.
Mosc. Tocante á Pastelería,
no es de la incumbencia mia.
Cat. En eso debo yo hablar.
A mí con ese cuitado
me recibió allá en Medina,
y esto con la alicantina
de estar todo á mi mandado.
La Pastelería se puso,
traxo este Oficial Gabriel,
que él jamas tomó pastel
en mano.
Rodr. Yo estoy confuso.
Cat. Antes el pastel que habia
de valer tres quartos, daba
por dos, y esto lo mandaba,
que él en la Pastelería
jamas entró, ni hubo indicio
de que allí le viese un hombre.
Rodr. Con que él solo para el nombre
vino á tener el oficio?
Cat. Si señor; pues la chiquilla,
esa es otra..
Rodr. Es de Gabriel?
Cat. No puede negar que es de él,
es cosa que maravilla.
Yo la he criado, señor,
y si no está arrodillada,
no toma de la criada
la comida, es un horror.
Si no hay plato, es menester
hacerle de qualquier cosa,
es damísima y hermosa,
y quando la quieren ver
parlar con mucha alegria,
donosura y gravedad,
denle Alteza ó Magestad,
verán que aquel es su dia;
si no, da gritos crueles.
Rodr. Y quién es su madre, dí?
Mosc. Aqueso me toca á mí,
que esos son otros papeles.
Clara la que en casa está
de Don Sancho Basconcelos
con Leonor::-
Rodr. Qué escucho, Cielos! *ap.*
Mosc. Fuése á acomodar allá,
porque la engañó en Medina
Gabriel, ofreciendo vano
darla al instante la mano.
Ella con esta pamplina
una noche le dió entrada,
siendo, aunque humilde, muy bella,
con que anocheció doncella,
y remaneció preñada.
Parió, entrególe á Gabriel
la niña que habia parido:
él, por no ser su marido,
huyó á Madrigal; tras él
vino Clara, acomodóse
con Don Sancho, como digo,
donde por su mal, testigo
sus zelos remienda y cose;
pues con nombre de Don Juan
halló el Gabriel que buscaba,
que á Leonor enamoraba
muy ufano y muy galan:
y ella, muy pagada de él,
la daba humo de narices.
Rodr. Qué dices, hombre, qué dices!
habrá suerte mas cruel!
quién es el Don Juan que cuentas?

Mosc. Es Gabriel el Pastelero.
Rodr. Y amaba á Leonor? (qué espero!)
Mosc. Hay otras mil y quinientas.
Rodr. Habla pues, pasa adelante.
Mosc. Nada ha de quedar por Christo.
Rodr. En toda mi vida he visto
embolismo semejante.
Mosc. Este Gabriel ú Don Juan,
ó Señor ó Pastelero,
ú Oficial ó Caballero,
es el Rey Don Sebastian:
Portugueses han venido
á servirle y á adorarle,
á plañirle y á llorarle;
cada dia echa un vestido,
una joya, una presea,
y á quien de cerca le mira,
encoge, turba y admira,
y no es posible que sea
sino es Rey, en su hidalguía,
en su trato amable y fiel;
lo demas solo Miguel
lo sabe. *Cat.* Oye Useñoría,
ántes que este picaron
de su presencia se vaya,
presento ante usté mi saya
en grado de apelacion.
Rodr. Tu saya, para qué efeto?
Cat. Para que aqueste malvado
está conmigo casado
de secreto. *Rodr.* De secreto?
Cat. Si señor; pero tan grave,
que el que se llegó á casar
lo sabe todo el Lugar,
mas la Iglesia no lo sabe;
mi honra pido.
Mosc. Mi honra pido?
que esta pícara embustera
me levanta esta quimera.
Cat. Señor. *Mosc.* Señor.
Rodr. No hagan ruido:
ola, llevadlos afuera.
Minist. Vengan.
Cat. Tengo de gritar.
Mosc. Yo me habia de casar
con la puerca Pastelera?
vaya que es un arambél.
Cat. Tú me buscarás, tramposo,
que siempre andar es forzoso
la mosca tras el pastel. *Vanse.*
Rodr. En cada paso que ofrece
averiguacion tan nueva,
en este hombre se comprueba,
que es mas de lo que parece.
Hombre sin garvo y honor,
sin espíritu (accion rara!)
muy gallardo, no intentara
servir y amar á Leonor;
pero hombre que de bien fuera,
de nobleza y proceder,
á tan humilde muger,
como Clara, no quisiera.
El es de ruines acciones,
pues obra con tal vil modo;
vive Dios, que el caso es todo
dudas y contradiciones.
Ahora bien, no hay que apelar
sino es á aqueste Miguel,
si algo no se saca de él,
no hay senda por donde echar.
Miguél. *Sale Miguel.*
Mig. Miguél está aquí.
Rodr. Pesame de veros preso.
Mig. No os dé pesadumbre de eso,
pues que no me la da á mí.
Rodr. Con toda conformidad
llevais del rigor la ley.
Mig. Venero el gusto del Rey.
Rodr. Pues decidme una verdad
por su amor.
Mig. Es mi interes.
Rodr. Quién es este Pastelero,
que hoy prendí?
Mig. Verdad refiero,
el Rey Don Sebastian es.
Rodr. El Rey Sebastian?
Mig. El Rey.
Rodr. Quién os lo asegura á vos?
Mig. El mundo lo dice y Dios.
Rodr. Dios? *Mig.* Yo lo oí.
Rodr. Dura ley:
teneis vos revelaciones
para de él haberlo oido?
Mig. Hombre soy, y hombres han sido
los que por sus oraciones
tales dichas alcanzaron.

Rodr. Otros meritos hicieron,
ni enredaron ni mintieron.
Mig. Es, que como yo callaron.
Rodr. En qué, decí, habeis fundado
ser este el Rey Sebastian?
Mig. En estas señas que os dan
mi atencion y mi cuidado.
Quando el Rey de Africa vino,
estaba yo en Portugal,
por sugeto principal,
y disfrazarme convino;
porque el que hace esta invencion,
en mí ha embozado el sugeto,
por observar el respeto
de una Sacra Religion.
Dixose publicamente,
que el Rey Sebastian habia
oido Misa cierto dia
en Cabo de San Vicente,
en un Descalzo Convento;
y quando de allí salió
un hombre pasar le vió,
á quien le pidió sediento
agua, que él arrodillado
le sirvió; y yéndole á hablar,
el Rey le mandó callar.
Rodr. Y ántes cómo habia pasado
desde Africa á Portugal?
Mig. A la conducta y consejo
de Diego de Mesa el viejo,
de su Armada General;
vióle embarcar Luis Dopozo
de una antorcha á la luz clara,
que pudo verle la cara
á un descuido de su embozo.
Rodr. Y ya en España por qué
ocultarse así ha querido?
Mig. Viendo su Reyno perdido,
fuerza el ocultarse fué.
Rodr. No era mas segura accion
darse al Rey á conocer?
Mig. Ahora lo puede hacer,
que ha llegado la ocasion.
Rodr. No es buen modo sublevar
á Portugal para eso.
Mig. Eso es lo que no confieso,
ni vos lo podeis probar.
Rodr. Sí sé yo, que cada dia
á verle vienen y van.
Mig. Parientes suyos serán,
veenle por cortesanía.
Rodr. Y para ser Pastelero
(oficio de los mas baxos)
qué le obliga?
Mig. Sus trabajos,
que harán de un Rey un cochero;
Labrador fué Diocleciano,
Maestro otro Emperador
de Niños.
Rodr. Qué linda flor!
letras me gastais, hermano?
Mig. Letras gasto y letras sé.
Rodr. Ya sé que sois gran letrado:
mas conmigo habeis topado,
y yo os las entenderé;
id con Dios.
Mig. Voyme, y os digo::-
Rodr. Qué?
Mig. Que hay Dios, ya lo sabeis,
la gravedad conoceis
de este caso, Don Rodrigo;
id con tiento, pues á vos
de este juicio han de juzgaros.
Rodr. Miguel, despues de ahorcaros,
yo me lo avendré con Dios:
ola, venid, Escribano,
el calabozo me abrid
del Pastelero. *Vanse.*

Salen Gabriel y Moscon.

Gabr. Salid,
suspiros, al ayre vano,
á templar la ardiente calma
del dolor que manifiesto.
Mosc. Mira en lo que nos has puesto;
los diablos lleven tu alma.
Gabr. Moscon, qué te ha preguntado
el Juez? dime lo que ha habido.
Mosc. El, poco me ha persuadido,
mas yo todo lo he contado.
Gabr. Pues qué tuviste::-
Mosc. Canela!
Gabr. Qué contar? dura porfia!
Mosc. Lo de la Pastelería,
y lo de la callejuela.
Gabr. Y cómo lo tomó el Juez?
Mosc. Pues no es forzoso que cruja,

y mas de ver, que Catuja
me pida su doncellez?
Gabr. Mucho el salir me fatiga
de caso tan sin igual.
Mosc. Señor mio, por su mal
nacen alas á la hormiga.
Gabr. Mi espíritu arrebató
mi juicio, el pecho lo siente.
Mosc. Cada uno se contente
con ser lo que á ser nació.
Ay! *Gabr.* Qué es eso?
Mosc. Es un raton
de los que vienen y van;
que me ha olido el cordoban,
y me ha engullido un talon.
Gabr. Ayrada fortuna mia,
qué es lo que quieres de mí?
Salen Don Rodrigo, el Escribano y un Page con luz.
Rodr. Entrad: quién se quexa así?
Gabr. Del mundo una fantasía
y una imagen de la Luna,
una iluson del poder,
que solo ha nacido á ser
juguete de la fortuna.
Rodr. Con gran magestad refiere
sus lamentos, hombre honrado.
Gabr. Cada uno puede en su estado
quexarse como quisiere.
Rodr. Qué importa que un Pastelero
este preso?
Gabr. Al mundo nada;
pero al preso no le agrada
y se quexa.
Rodr. Aliviar quiero
esos suspiros que dais,
si la verdad me decís.
Gabr. Preguntad, si á eso venís.
Rodr. Quién sois?
Gabr. Pues eso dudais?
el Pastelero Gabriel
de Espinosa.
Rodr. De Espinosa?
sé yo, que es muy otra cosa.
Gabr. Pues sabreis mas que no él.
Rodr. Vuestro proceder atento,
vuestro obrar prudente y grave;
en hombre comun no cabe.
Gabr. Señor Alcalde, con tiento:
Venís prevenido bien,
mas no os temeré, por Dios,
fulleros somos los dos,
á ver quien engaña á quien.
Rodr. Todo eso es disimularse,
y hombre ruin querer hacerse,
y pues no puede esconderse,
no vale mas declararse?
El Rey, atento á la ley,
es fuerza que justo sea.
Gabr. Pues lleveme á que me vea,
que bien me conoce el Rey.
Rodr. Cayó; si es tan conocido
del Rey, cómo es Pastelero?
Gabr. Es que fuí su cocinero:
levánteme si he caido.
Rodr. Y un cocinero no mas
tiene?
Gabr. El Alcalde no es rana. *ap.*
Rodr. De la señora Doña Ana
estas joyas? *Gabr.* Muchas mas
me dió su Alteza á vender;
pues yo la suelo servir,
y á la Corte ir y venir
á lo que me manda hacer.
Rodr. Y estas cartas en que os dan
Magestad, y han declarado
oficio, nombre y estado?
Gabr. En vuestro poder están.
Rodr. No las veis?
Gabr. No son á mí,
que yo, aunque soy hombre honrado,
ni soy Rey ni lo he soñado.
Rodr. Infame, ya os convencí,
ya lo que sois declarais,
no hay que mirarme severo,
enredador, embustero.
Gabr. Don Rodrigo, cómo hablais
de esa suerte?
Rodr. Señor::- yo::-
si::- ya::- en vano me resisto.
Escrib. Qué es aquesto? vive Christo,
que el Alcalde se turbó!
Rodr. Escribano, oid distante;
habeis sus señas tomado?
Escrib. Bien, señor, las he notado.
Gabr. Ya me ha mirado bastante,

no

no teneis que recelar.

Escrib. Qué es esto? nos llegó á oir.

Rodr. No es posible.

Escrib. He de inquirir
si tiene algun familiar.

Gabr. No, no le tengo.

Rodr. Otra vez?

Escrib. Señor, yo estoy aturdido.

Gabr. Tratad de obrar advertido,
que es lo que toca á un buen Juez;
envie á reconocerme
el Rey ántes de juzgarme,
que para poder librarme
sabré con él entenderme.
No os precipite el ser mozo,
que si no sabeis obrar,
quizás vendreis á parar
á este mismo calabozo. *Vase.*

Rodr. Venid, que á lo que yo infiero,
ó este es hombre de linage,
ó el es un gran Personage,
ó no soy yo Caballero. *Vanse.*

Salen Don Sancho y Don Fadrique.

Fadr. Señor Don Sancho, aunque tengo
vuestra cordura ofendida,
básteme el pedir perdon,
y el que es la culpa tan digna.
Ser vuestro esclavo intentaba,
y espero que lo consiga
la voluntad sin la fuerza,
que una sirve y otra irrita.

Sancho. Nada, señor Don Fadrique,
me espanta ni maravilla,
y mas en una pasion;
tambien fuí mozo algun dia:
Lo que me admira de vos,
es solo, que un medio elija
tan extraño un Caballero;
templad vuestras bizarrías,
que una muger no es castillo,
que lidiando se conquista.

Fadr. Ya os digo, señor, que erré,
y que espero::- *Sancho.* No prosiga
vuestra atencion, yo he dexado
en libertad á mi hija,
ella hará lo que gustare.

Fadr. Y yo en lo que mas os sirva:
ya quedais en vuestra casa,
guardeos el Cielo: ay divina
Leonor, qué en vano pretende
un infeliz tener dicha! *Vase.*

Sancho. Ola.

Salen Leonor, Ines y Clara.

Leon. Señor, á quién llamas?

Sancho. Ay Leonor! ay hija mia!
quien quieres que llame á quien
dé algun vado á mis fatigas,
si es que hay en el tolerarlas
mas alivio que sentirlas.

Leon. Tanto te debe, señor,
(ay de mí!) Don Juan de Silva,
que porque le tengan preso
te afliges así?

Clara. Ansias mias, *Ap.*
disimulemos.

Sancho. Si tú
supieras lo que me obliga
á sentir que le maltrate
el rigor de la Justicia;
y si supieras quien es
ese Gabriel, ese enigma.
y ese Don Juan que tú llamas,
de otra suerte sentirias
mi dolor; pero quién es?

Sale Don Rodrigo.

Rodr. Quien en fe de quanto fia
de vuestra atencion, señor
Don Sancho, se determina
á entrarse sin avisar
en vuestra casa.

Sancho. La mia
es vuestra; y en la que es propia
siempre es fuerza que reciban
al dueño como él gustare.

Rodr. Aunque es á vos la visita,
hermosa Leonor, os pido,
que por vos me la reciba
la señora Clara.

Sancho. Quién?

Rodr. Clara, que con esa niña
traygo cierta dependencia.

Sancho. En mi casa?

Leon. A criadas mias
dependencias vos? *Rodr.* Y tal,
que á no estar, Leonor divina,
de por medio vos, ya hubiera

ido á otra parte á inquirirla;
este es servicio del Rey:
cosa que el pecho imagina
tan propia como esta casa,
no ha de querer que no viva
muy ayroso, y que no dexe
de hacer la obligacion mia.
Sancho. La mitad de esas razones
sobran á quien solicita
servir al Rey y á vos: vete,
Leonor.
Leon. Quedarme escondida
resuelvo.
Retírase al paño con Ines.
Clara. Qué es esto, Cielos! *ap.*
Sancho. Sola queda, persuadidla,
exâminadla, y haced
todo lo que el cargo os insta. *Vase.*
Clara. Válgame Dios!
Rodr. No os turbeis,
que como digais, querida,
la verdad, esto no es nada.
Clara. Yo procuraré decirla.
Rodr. De dónde sois?
Clara. Yo, señor,
soy natural de Medina.
Leon. Ya la empieza á exâminar.
Rodr. Engañada y persuadida
de Gabriel el Pastelero,
fingido Don Juan de Silva,
en Madrigal no le hicisteis
(nada aquí se calla, niña)
dueño de vuestra honra?
Clara. Es cierto.
Leon. Qué es lo que escucho, fatigas!
Clara es Dama de Don Juan?
Ines. Lo que se descubre! chispas.
Rodr. De esta comunicacion
no tuvisteis una hija?
Clara. Si señor, Juana se llama.
Leon. Esto mas!
Clara. Y en harto impía
estrella nació, inocente
testigo de mis desdichas.
Rodr. No os aflijais, que ahora no hay
para qué; ella está muy linda
y muy buena. *Clara.* Con palabra
de que mi esposo seria,
me rendí á ese falso amante.
Leon. En buena estoy yo metida.
Clara. Huyendo me vine de él
á estar aquí recogida.
Leon. A donde con su galan
me engañaba á letra vista.
Ines. Me alegro, para que veas
por quien me dexabas, mira.
Rodr. Y decid, este Gabriel,
pues claro está os fiaria
sus secretos, tiene traza
de ser de honrada familia?
Clara. Señor, él obró conmigo
extrañas galanterías,
siempre dándome esperanzas
de hacerme muy noble y rica;
y quando que se casase
conmigo le proponia,
suspiraba y expresaba,
que á ser yo de esfera altiva,
no tuviera inconveniente.
Leon. Yo estaba muy bien vendida;
miren de quien me fiaba.
Clara. La chiquilla?
Rodr. La chiquilla
tomo yo á mi cargo, Clara.
Clara. El Cielo os dé mucha vida
por lo que me honrais, señor.
Rodr. Callad, y nadie perciba
lo que hemos tratado aquí.
Ines. Señora, estoy aturdida.
Rodr. Ha de casa; esto está hecho:
Salen Don Sancho, Leonor y Ines.
esta muger deposita,
señor Don Sancho, mi zelo,
para quando yo os la pida,
en vuestra casa.
Sancho. A mi cargo
queda. *Rodr.* Vos, Leonor divina,
perdonad, que sea forzoso
obrar así á vuestra vista.
Leon. Aseguroos, que ántes tengo
que quedar agradecida
á esta diligencia. *Rodr.* Y mas
obligada quedariais,
si de esa muger supierais
quien es::- *Leon.* Quién?
Rodr. Don Juan de Silva,

pa-

para que sepais con eso
lo que os debeis á vos misma.

Leon. De él estoy desengañada,
y ella ya está conocida:
ven, traidora.

Clara. Sabe el Cielo,
señora::- *Leon.* Nada me digas.

Ines. Ande, que es una gazmoña:
mal haya quien no la pringa. *Vanse.*

Rodr. Señor Don Sancho, estas raras
diligencias exquisitas,
hácia Gabriel de Espinosa
son, ya tengo recibida
órden del Rey, en que manda,
que en estando concluida
la sumaria, luego al punto
se haga en Gabriel justicia.

Sancho. Qué decís?

Rodr. Esto que os digo.

Sancho. Sin mas pruebas?

Rodr. Hay infinitas
para su condenacion;
solo á lo que ya se tira
es, que cómplices descubra
de esta traicion y malicia:
él cantará en un tormento,
y al instante que nos diga
lo que fuere menester,
se le entrará en la Capilla.

Sancho. Ay de mí! ved, Don Rodrigo,
que es bárbara tiranía;
á un Rey se le da así muerte?

Rodr. Qué Rey? este hombre delira.

Sancho. El es el Rey Sebastian,
ó yo perderé la vida.

Rodr. Tambien sois vos de los ciegos,
que tienen esa mania?

Sancho. Digo, que es::-

Rodr. Callad, Don Sancho.

Sancho. El Rey.

Rodr. No la voz prosigas,
que si os oyen, vive Dios,
que aunque tengais dos mil hijas,
no lo podré remediar.

Sancho. Miéntras que no se averigua
otra cosa, he de creer,
que es el Rey.

Rodr. Vamos aprisa. *Vanse.*

Sale una Sombra con una hacha, y Miguel á una rexa preso.

Mig. Pálida triste sombra fria,
que hurtando un claro desperdicio al dia,
en sus rayos te anegas,
y me alumbras al paso que me ciegas;
qué me quieres? *Somb.* Advierte,
que faltan pocas horas á tu muerte;
confiesa la verdad de tu delito,
declara humilde, morirás contrito,
que quiere Dios desengañar al mundo,
y que un Felipe, en todo sin segundo,
una por su decreto soberano
el Cetro Portugués al Castellano:
Miguel, confiesa. *Vase.*

Mig. Espera, aguarda, tente,
pavorosa ilusion, no velozmente,
si al ayre tu ardor sube,
te quaxes llama y te deshagas nube.
Válgame Dios! qué he oido?
piadoso aviso el de este sueño ha sido;
no quiera Dios, que en tan dudosa calma,
pues pierdo el cuerpo, se aventure al alma.
Dios favorece el Cetro de Felipe,
pues mi voz á su logro se anticipe,
para que vea el Cielo, el Mar, la Tierra,
la vez que un hombre yerra,
la mas rara traicion que á un Rey se hacia,
de donde muere á donde nace el dia,
ya el desengaño sigo,
otro es mi corazon: ha Don Rodrigo.

Sale Don Rrodrigo.

Rodr. Quién de este centro clama?

Mig. Quien á decirte la verdad te llama:
yo quiero confesar públicamente
mis delitos. *Rodr.* Espera, pues hay gente,
que quiero que declares con testigos,
y aun con Gabriel delante: entrad, amigos,
traed todos los presos
de esta Carcel. *Mig.* Venid, y los excesos
escuchareis de un hombre, que ha faltado
á su Rey, á su Patria y á su Estado.

Salen Don Sancho, Miguel, Moscon, Rodelo y Maravete.

Todos Ya todos te escuchamos;
todos atentos á tu voz estamos.

Rod. Traed de la Capilla en que ya ha entrado
á Gabriel, q̃ aunque el término ha llegado
de

de su hora postrera,
quizás dirá verdad ántes que muera.

Sale un Ministro con Gabriel.

Minist. Aquí está.

Gabr. No han de hacerme, *ap.*
que declare quien soy; á conocerme
envia el Rey ahora,
él sabe quien yo soy, que no lo ignora.

Mig. Gabriel, ya llegó el dia
de olvidar el error de esa manía,
dí tú verdad, y yo decirla ofrezco.

Gabr. No soy Rey, pero soy mas q̃ parezco.

Mig. Portugués soy de nacion,
y hombre de las reverendas,
que sabe el mundo, y se callan
por respeto y por decencia.
A Don Antonio el Bastardo
de Portugal, en mi tierra,
tan de adentro le traté,
que no hubo cosa secreta
que no me fiase, y tanto,
que viéndome en tan estrecha
amistad, su Confesor
me llamó la gente nuestra.
Desde que el Rey Sebastian
(que hoy coronado de estrellas
yace pisando zafiros)
martir de la santa guerra
murió, entrando el de Castilla
por derecho, por herencia
y por justicia en el Reyno,
no pude llevar, que fuera
Rey de Portugal quien fuese
Castellano; que esta ciega
vanidad, esta insufrible
desatinada sobervia,
en todos nosotros vive
lo que ha que el de España reyna.
Andaba yo imaginando
como una traza tuviera
de usurparle al gran Felipe
la Corona Portuguesa;
y estando yo en Madrigal
en servicio y asistencia
de la señora Doña Ana
de Austria, admirable Princesa,
cuya virtud y piedad
la fama ha de hacer eternas;
vino Gabriel de Espinosa
al Lugar, en cuyas señas,
rostro, edad, costumbres, voz,
gravedad, traza y presencia,
hallé quanto yo buscaba,
pues parece que mi idea,
por mi mal, adivinando,
la docta naturaleza,
del perdido Sebastian
le hizo una copia perfecta.
Al instante que le ví,
propuse que el medio fuera
de mi intencion; empecéle
á tratar, y entre las veras
mezclando tal vez las burlas,
le pinté las convèniencias,
que de fingir ser el Rey
el seguirsele era fuerza.
El que de genio nació
inclinado á cosas nuevas,
como en fin hombre de vulgo,
me creyó, y fué tan de veras,
que al instante se trató
con tal fausto y tal grandeza,
que aun á mí pudo engañarme;
y yo, en virtud de sus prendas,
á la señora Doña Ana
pervertí á que le creyera,
que como fragil muger,
y hombre yo de astucia y ciencia,
lo supe trazar de forma,
que entró luego sin violencia
á tratarle como Rey,
á llenarle de preseas,
de regalos y de bienes;
ya lo llora y ya lo pena.
No era mi intencion el que él
reynase, que era baxeza,
que parase yo mi juicio
en que á Nacion tan sobervia,
tan vana, como la mia,
un hombre ruin mereciera
mandarla y ceñir injusto
la Lusitana Diadema.
Mi idea fué sublevar,
con la rara extratagema
de ver á Sebastian vivo,
el Reyno; y quando estuviera

en

en estado, Don Antonio
sentarse en la Silla Régia,
dando muerte á este infelice,
instrumento de esta empresa.
A este efecto fingí cartas,
solicité que vinieran
Portugueses á tratarle:
hice::- *Gabr.* Suspende la lengua,
hombre vil, infame, causa
de mi muerte, cesa, cesa,
que á no haberte condenado
tú, jamas sabido hubieran
esta verdad, y en el mundo
quedara con fama eterna
el Pastelero Gabriel:
mas si la verdad confiesas,
sepan quien soy, ya que saben
lo que obré, en lo que tú cuentas.
Natural soy de Toledo,
de tan baxa descendencia,
que me hallaron arrojado
á las puestas de la Iglesia
Mayor: mi primera infancia,
sin doctrina y sin escuela,
pasé criado de un Frayle,
que cuidaba una Bodega.
Reñí con él cierto dia,
y del Arte de la seda
queriendo seguir el rumbo,
fuí en aquella Ciudad mesma
Tegedor de terciopelos,
de rasos, sargas y felpas;
todo me pareció poco.
Quise inclinarme á la guerra,
y fuíme, siendo Tambor,
á Vizcaya, donde apenas
llegué, quando me arrojó
del oficio otra pendencia,
en que dexé á mi Sargento
sin la mitad de una oreja.
Paséme luego á Alicante,
donde en una Hermita nueva,
que á la Sagrada María
labró la Ciudad, en muestra
de estar muy quieto, me puse
(no con segura conciencia)
á Hermitaño y Sacristan;
no hice mucha estancia en ella,
que una noche me escapé,
y fuí á parar á Valencia,
á donde fui Pregonero,
hasta que mi suerte adversa
Oficial de Pastelero,
me hizo en Castilla la vieja.
No hay vil oficio, que no haya
tenido; pero no hay prenda
que yo no haya malogrado.
Yo con la blanca y la negra
no hay Maestro que no rinda;
hago hablar una vihuela;
blandiéndola hago una lanza
en el ayre leves piezas;
ando á caballo de forma,
que poquísimos me llegan.
Si soy galante y valiente,
bien lo publican las muestras;
mas qué importa, si malogro
estas virtudes excelsas
con ser tan gran embutero?
que si hubiese competencia
de enredadores, ganara
yo la Cátedra primera.
Y pues este es el postrero,
porque la justa Clemencia
de Dios tiene prometido
no encubrir nada á la tierra;
un crimen contra mi Rey
tan grave, no es bien que tenga
dilacion en el castigo,
pronunciada la sentencia.
La muerte os pido, no anhelo
piedad, pues sé que me espera
el gran Dios, cuya virtud
ningun pecador desprecia;
al Rey le pido perdon,
y á todos, pecho por tierra:
llevadme á morir. *Rodr.* Llevadle,
pues lo pide tan de veras.
Gabr. Claro está, que aunque otra cosa
en este estado dixera,
no era fácil ser creido:
muy bien engañados quedan. *ap.*
Rodr. Pues no has dicho la verdad?
Gabr. La verdad no hay quien la sepa,
sino es Dios: viera yo al Rey,
que él la verdad os dixera;

mas soy de lo que parezco.
Rodr. Ahora volveis á esa tema?
id por Clara, á quien le debe
su honor, cásese con ella
ántes que muera. *Gabr.* Si haré,
solo por ennoblecerla. *Vase.*
Rodr. Llevadle. *Todos.* Caso espantoso!
Rodr. Miguel en la carcel queda.
Mig. Miéntras que llega mi hora,
clemencia, Señor, clemencia. *Vase.*
Rodr. Vosotros, que estais sin culpa,
fuera todos. *Todos.* Todos fuera.
Sancho. Absorto voy; mas no obstante,
lo que ambos á dos confiesan,
él es el Rey Sebastian,
no me harán que no lo crea.
Todos. Ya le sacan al suplicio.
Rodel. No quiero ver su tragedia.
Todos. Hoy es dia de ahorcado,
pues á la fiesta, á la fiesta. *Vanse.*
Salen Leonor y los Portugueses.
Leon. Señores, no está mi padre
en casa. *Los* 2. Pues á que venga
permitireis que esperemos.
Ines. Ya sube por la escalera;
ahora vienen por Clara,
y á la carcel se la lleva
un Ministro. *Leon.* Alguna cosa
tendrá que decir en ella;
aquí podeis esperaros. *Vanse las dos.*
Los 2. Admitimos la licencia.
Sale Don Sancho.
Sancho. Cielos Santos (qué desdicha!)
donde esconderme pudiera?
Port. 1. Señor Don Sancho, hoy llegamos
á Madrigal á dar cuenta
al Rey, de que quedan ya
seis Plazas á su obediencia.
Port. 2. Veinte mil hombres con armas
en la Provincia le esperan
de Tras los Montes. *Port.* 1. Y junta
en Evora la Nobleza,
le aguarda con la alegria,
júbilos, ansias y fiestas.
Port. 2. Dónde iremos á encontrarle,
y á darle estas buenas nuevas?
Port. 1. Quién será el dichoso, que
ganar las albricias pueda?
Port. 2. A esto os inquiere mi zelo.
Port. 1. A esto os busca mi impaciencia.
Sancho. Ya es tarde, porque habrá dado
el alma á las horas de esta.
Los 2. Qué decís?
Sancho. Que en vil suplicio,
nuestra trama descubierta,
habrá pagado á estas horas
nuestra culpa su inocencia.
Port. 1. San Antonio de Lisboa
me valga. *Port.* 2. El me favorezca.
Los 2. Pues cómo fué? *Sancho.* No es ahora
tiempo de que se os detenga,
que correis mucho peligro;
idos, señor Mascareñas,
señor Basco, en Portugal
publicareis su tragedia.
Port. 1. Ay de Castilla, si alcanza
á saber, que en tal afrenta
ha muerto el Rey Sebastian,
nuestra Nacion Portuguesa! *Vase.*
Port. 2. Si él ha sido el que pensamos,
será España Troya nueva. *Vase.*
Salen Don Fadrique y Don Rodrigo.
Fadr. Raro valor! *Rodr.* Prodigioso.
Fadr. Hasta la hora postrera
sus embustes y preñeces
no cesaron. *Sancho.* Ya no resta
mas, que callar y sufrir,
tengase por quien se tenga.
Rodr. Dos veces estando ya
para arrojarle, con fuerza
extraña y valor no visto,
me llamó con voz tremenda.
Fadr. Dicen que quiso citaros
ante Dios. *Rodr.* Poco tuviera
que temer, de quien se sabe,
aunque gente ruda y necia
siempre juzgará al contrario,
que era hombre de baxas prendas,
qué urdió tan extraño embuste.
De Miguel queda suspensa
la causa, hasta otra ocasion,
en que su muerte le sea
escarmiento á mas de dos;
y ya se dió penitencia
á la señora Doña Ana
y sus criadas, que llevan

con suma resignacion:
Clara con su hija quedan
en un Convento, despues
que casó Gabriel con ella.

Salen Moscon, Rodelos, Maravete y Catuja.

Todos. Y libres todos nosotros.

Sancho. Leonor? *Salen Leonor y Ines.*

Leon. Señor.

Sancho. Ya que queda
en su fuerza mi palabra,
que tú la cumplas es deuda.

Leon. Señor Don Rodrigo, vos
hallareis novias muy bellas
y muy ricas, que por ser
quien sois, os amen y quieran:
Don Fadrique de Castilla
me sirve y galantea
años ha, y de mis desprecios
ha sufrido las tibiezas:
supuesto que haceis justicia,
no tendreis á mal, que en esta
ocasion, pues soy deudora,
pague, señor, á quien deba.

Rodr. No señora, vuestro gusto
es sólo mi conveniencia.

Leon. Pues, Fadrique, esta es mi mano.

Fadr. Dichoso fin de mis penas.

Danse las manos.

Sancho. Ellos no han de vivir juntos?
pues que ellos allá se avengan.

Mosc. Catuja, quieres esposo?

Cat. Echa acá esa mano, bestia.

Rodel. Señora Ines, nupcias pido.

Ines. A boda no hay quien no vuelva.

Todos. Y aquí el Pastelero es bien,
que fin venturoso tenga,
Rey Don Sebastian fingido,
que es Historia verdadera.

F I N.

Con Licencia: En Valencia, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se hallará esta y otras de diferentes Títulos.
Año 1765.